

## MÍSTICA CIUDAD DE DIOS: Parte 3

### CAPITULO 19

*Contiene la última parte del capítulo 21 del Apocalipsis en la concepción de María Santísima.*

**283.** El texto de la última y tercera parte del Apocalipsis, capítulo 21, que voy explicando, es como se sigue: *Y los fundamentos del muro de la ciudad estaban adornados con todas las preciosas piedras. El primer fundamento era jaspe; el segundo, zafiro; el tercero, calcedonia; el cuarto, esmeralda; el quinto, sardonio; el sexto, sardio; el séptimo, crisólito; el octavo, berilo; el nono, topacio; el décimo, crisoprasio; el undécimo, jacinto; el duodécimo, ametisto. Y las doce puertas son doce margaritas por cada una; y cada puerta de cada margarita, y la plaza de la ciudad, oro limpio como vidrio lucidísimo. Y no vi templo en ella, porque el Señor Dios omnipotente es su templo, y el Cordero. Y la ciudad no ha menester sol ni luna que le den luz, porque la claridad de Dios la iluminó, y su lucerna es el Cordero. Y las gentes caminarán con su luz, y los reyes de la tierra llevarán a ella su honor y su gloria. Y sus puertas no estarán cerradas por el día; que allí no se hallará noche. No entrará en ella cosa alguna manchada, o que comete abominación y mentira, mas de aquellos que están escritos en el libro de la vida del Cordero (Ap., 21, 19-27).* Hasta aquí llega la letra y texto del capítulo 21 que voy declarando.

**284.** Habiendo elegido el Altísimo Dios esta Ciudad Santa de María para su habitación, la más proporcionada y agradable que fuera de sí mismo en pura criatura podía tener, no era mucho que de los tesoros de su Divinidad y méritos de su Hijo Santísimo fabricase los fundamentos del muro de su ciudad adornados con todo género de

**pedras preciosas; para que con igual correspondencia, la fortaleza y seguridad —que son los muros— y su hermosura y alteza de santidad y dones —que son las pedras preciosas— y su concepción —que es el fundamento del muro— fuesen proporcionadas en sí mismas y con el fin altísimo para que la fundaba, que era vivir en ella por amor y por la humanidad que recibió en su virginal vientre. Todo esto dijo el Evangelista como lo conoció en María Santísima, porque a su dignidad y santidad, y a la seguridad que pedía el haber de vivir Dios en ella como en fortaleza invencible, le convenía que los fundamentos de sus muros, que eran los primeros principios de su Concepción Inmaculada, se fabricasen de todo género de virtudes y en grado eminentísimo y tan precioso, que no se hallasen otras pedras más ricas para fundamento de este muro.**

**285. *El primer fundamento* o piedra, dice que era *de jaspe*, cuya variedad y fortaleza dice la constancia o fortaleza que le fue infundida a esta gran Señora en el punto de su Concepción Santísima, para que con aquel hábito quedara dispuesta por el discurso de su vida para obrar todas las virtudes con invencible magnificencia y constancia. Y porque estas virtudes y hábitos que se le concedieron e infundieron a María Santísima en el instante de su concepción, significadas por estas pedras preciosas, tuvieron singulares privilegios que le concedió el Altísimo en cada una de estas doce pedras, los manifestaré como me fuere posible, para que se entienda el Misterio que encierran los doce fundamentos de la Ciudad de Dios. En este hábito de fortaleza general se le concedió especial superioridad y como imperio sobre la antigua serpiente, para que la pudiese rendir, vencer y sujetar, y para que a todos los demonios les pusiese un género de terror, que huyesen de ella y de muy lejos la temiesen, como temblando de acercarse a su divina presencia; y por esto no llegaban a María Santísima sin**

ser afligidos con gran pena. Anduvo tan liberal la Divina Providencia con Su Alteza, que no sólo no la entró en las leyes comunes de los hijos del primer padre, librándola de la culpa original y de la sujeción al demonio que contraen los que en ella son comprendidos, sino que apartándola de todos estos daños, juntamente la concedió el imperio que perdieron todos los hombres contra los demonios, por no haberse conservado en el estado de la inocencia. Y a más de esto, por ser Madre del Hijo del Eterno Padre, que bajó a sus entrañas a destruir el imperio de maldad de estos enemigos, se le concedió a la Eminentísima Señora potestad real, participada del ser de Dios, con que sujetaba, a los demonios y los enviaba repetidas veces a las cavernas infernales, como adelante diré (Cf. infra p. III n. 447-455).

**286.** *El segundo es zafiro.* Esta piedra imita al color del cielo sereno y claro y señala unos como punticos o átomos de oro refulgente, que significa la serenidad y tranquilidad que concedió el Altísimo a los dones y gracias de María Santísima, para que siempre gozase, como cielo inmutable, de una paz serena y sin nubes de turbación, descubriéndose en este sereno unos visos de divinidad desde el instante de su Concepción Inmaculada, así por la participación y similitud que tenían sus virtudes de los atributos divinos, en especial con el de la inmutabilidad, como porque muchas veces, siendo viadora, se le corrió la cortina y vio claramente a Dios, como adelante diré (Cf. infra n. 623); concediéndola Su Majestad en este don singular privilegio y virtud para comunicar sosiego y serenidad de entendimiento a quien la pidiere por medio de su intercesión. Así la pidieran todos los católicos, a quienes las tormentas inquietas de los vicios tienen mareados y turbados, como la consiguieran.

**287.** *El tercero es calcedonia.* Toma el nombre esta

**pedra de la provincia donde se halla, que se llama Calcedonia. Es del color del carbunco, y de noche imita su resplandor al de una linterna. El misterio de esta piedra es manifestar el nombre de María Santísima y su virtud. Tomóle de esta provincia del mundo donde se halló, llamándose hija de Adán como los demás, y María, que mudado el acento en latín significa los mares; porque fue el océano de las gracias y dones de la divinidad. Y vino al mundo por medio de su Concepción Purísima, para anegarle e inundarle con ellas, absorbiendo la malicia del pecado y sus efectos, y desterrando las tinieblas del abismo con la luz de su espíritu iluminado con la lumbre de la sabiduría divina. Concedióla el Altísimo, en correspondencia de este fundamento, especial virtud para que por medio de su Nombre Santísimo de María ahuyentase las espesas nubes de la infidelidad y destruyese los errores de las herejías, paganismo, idolatría, y todas las dudas de la fe católica. Y si los infieles se convirtiesen a esta luz, invocándola, cierto es que muy presto sacudirían de sus entendimientos las tinieblas de sus errores y todos se anegarían en este mar por la virtud de lo alto, y para esto le fue concedida.**

**288.** *El cuarto fundamento es esmeralda, cuyo color verde y alegre, recrea la vista sin fatigarla, y declara misteriosísimamente la gracia que recibió María Santísima en su concepción, para que siendo amabilísima y graciosa en los ojos de Dios y de las criaturas, sin ofender jamás su dulcísimo nombre y memoria, conservase en sí misma el verdor y fuerza de la santidad, virtudes y dones que recibiese y se le concediesen. Y dióle actualmente en esta correspondencia el Altísimo, que pudiese distribuir este beneficio, comunicándole a sus fieles devotos que para conseguir la perseverancia y firmeza en la amistad de Dios y en las virtudes la llamaren.*

**289.** *El quinto es sardonio.* Esta piedra es transparente y su color más imita al encarnado claro, aunque comprende parte de tres colores: abajo negro, en medio blanco y en lo alto nácar, y todo hace una variedad graciosa. El misterio de esta piedra y sus colores fue significar juntamente a la Madre y al Hijo Santísimo que había de engendrar. Lo negro dice en María la parte inferior y terrena del cuerpo negrecido por la mortificación y trabajos que padeció, y lo mismo de su Hijo Santísimo afeado por nuestras culpas (Is., 53, 2). Lo blanco dice la pureza del alma de la Madre Virgen, y la misma de Cristo, nuestro bien. Y lo encarnado declara en la humanidad la divinidad unida hipostáticamente, y en la Madre manifiesta el amor que de su Hijo Santísimo participó, con todos los resplandores de la Divinidad que se le comunicaron. Fuele concedido por este fundamento a la gran Reina del Cielo, que por su intercesión y ruegos fuese eficaz con sus devotos el valor, suficiente para todos, de la Encarnación y Redención; y que asimismo para conseguir este beneficio, les alcanzase devoción particular con los misterios y vida de Cristo Señor nuestro.

**290.** *El sexto, sardio.* Esta piedra también es transparente y, por lo que imita a la llama clara del fuego fue símbolo del don que se le concedió a la Reina del Cielo de arder su corazón en el divino amor incesantemente, como la llama del fuego, porque nunca (hizo intervalo, ni se aplacó la llama de este incendio en su pecho; antes desde el instante de su concepción, donde y cuando se encendió este fuego, siempre creció más, y en el estado supremo que pudo haber en pura criatura, arde y arderá por todas las eternidades. Fuele concedido aquí a María Santísima privilegio especial para dispensar con esta correspondencia el influjo del Espíritu Santo, y su amor y dones, a quien le pidiere por ella.

**291. *El séptimo, crisólito.*** Esta piedra imita en su color al oro refulgente con alguna similitud de lumbre o fuego, y ésta se descubre más en la noche que en el día. Declara en María Santísima el ardiente amor que tuvo a la Iglesia militante y a sus misterios y Ley de Gracia en especial. Y lució más este amor en la noche que cubrió la Iglesia con la muerte de su Hijo Santísimo y en el Magisterio que tuvo esta gran Reina en los principios de la Ley Evangélica y en el afecto con que pidió su establecimiento y de sus Sacramentos; cooperando a todo —como en sus lugares diré (Cf. infra p. III passim)— con el ardentísimo amor que tuvo a la salud humana; y ella sola fue la que supo y pudo dignamente hacer el aprecio debido de la Ley Santísima de su Hijo. Con este amor fue prevenida y dotada, desde su Inmaculada Concepción, para coadjutora de Cristo nuestro Señor; y se le concedió especial privilegio para alcanzar gracia a quien la llamare, con que se dispongan para recibir los Sacramentos de la Santa Iglesia con fruto espiritual y no poner óbice en sus efectos.

**292. *El octavo, berilo.*** Este es de color verde y amarillo, pero más tiene de verde, con que imita y parece a la oliva, y resplandece brillantemente. Representa las singulares virtudes de fe y esperanza que fueron dadas a María Santísima en su concepción, con especial claridad para que emprendiese y obrase cosas arduas y superiores, como en efecto las hizo por la gloria de su Hacedor. Fuele concedido con este don que diese a sus devotos esfuerzo de fortaleza y paciencia en las tribulaciones y dificultades de los trabajos, y que dispensase de aquellas virtudes y dones en virtud de la divina fidelidad y asistencia del Señor.

**293. *El noveno, topacio.*** Esta piedra es transparente, de color morado, y de valor y estima. Fue símbolo de la

honestísima virginidad de María Señora nuestra junto con ser Madre del Verbo Humanado, y todo fue para Su Alteza de grande y singular estimación, con humilde agradecimiento que le duró toda la vida. En el instante de su concepción pidió al Altísimo la virtud de la castidad, y se la ofreció para lo restante de ser viadora; y conoció entonces que le era concedida esta petición sobre sus votos y deseos; y no sólo para sí, sino que la concedió el Señor que fuese maestra y guía de las vírgenes y castas, y que por su intercesión alcanzasen estas virtudes sus devotos y la perseverancia en ellas.

**294.** *El décimo es crisoprasio, cuyo color es verde; muestra algo de oro. Significa la muy firmísima esperanza que se le concedió a María Santísima en su concepción, retocada con el amor de Dios que la realzaba. Y esta virtud fue inmóvil en nuestra Reina, como convenía para que a las demás comunicase este mismo efecto; porque su estabilidad se fundaba en la firmeza inmutable de su ánimo generoso y alto en todos los trabajos y ejercicios de su vida santísima, en especial en la muerte y pasión de su benditísimo Hijo. Concediósele con este beneficio que fuese eficaz Medianera con el Altísimo para alcanzar esta virtud de la firmeza en la esperanza para sus devotos.*

**295.** *Undécimo, jacinto, que muestra el color violado perfecto. Y en este fundamento se encierra el amor que tuvo María Santísima, infuso en su concepción, de la redención del linaje humano, participado de antemano del que su Hijo y nuestro Redentor había de tener para morir por los hombres. Y como de aquí se había de originar todo el remedio del pecado y justificación de las almas, se le concedió a esta gran Reina especial privilegio con este amor, que le duró desde aquel primer instante, para que por su intercesión ningún género de pecadores, por grandes y abominables que fuesen, si la*

llamasen de veras, fuesen excluidos del fruto de la redención y justificación, y que por esta poderosa Señora y Abogada alcanzasen la vida eterna.

**296.** *El duodécimo, ametisto, de color refulgente con visos violados.* El misterio de esta piedra o fundamento corresponde en parte al primero; porque significa un género de virtud que se le concedió en su concepción a María Santísima contra las potestades del infierno, para que sintiesen los demonios que salía de ella una fuerza, aunque no les mandase ni obrase contra ellos, que les afligía y atormentaba si querían acercarse a su persona. Y fuele concedido este privilegio como consiguiente al incomparable celo que esta Señora tenía que exaltar y defender la gloria de Dios y su honra. Y en virtud de este singular beneficio tiene María Santísima particular potestad para expeler los demonios de los cuerpos humanos con la invocación de su dulcísimo nombre, tan poderoso contra estos espíritus malignos que en oyéndole quedan rendidas y quebrantadas sus fuerzas. Estos son en suma los misterios de los doce fundamentos sobre que edificó Dios su Ciudad Santa de María; y aunque contienen otros muchos misterios y sacramentos de los favores que recibió, que no puedo explicarlos, pero en el discurso de esta Historia se irán manifestando, como el Señor me diere luz y fuerzas para decirlo.

**297.** Prosigue y dice el Evangelista que *las doce puertas son doce margaritas, por cada una puerta una margarita.* El número de tantas puertas de esta ciudad manifiesta que por María Santísima, y por su inefable dignidad y merecimientos, se hizo tan feliz como franca la entrada para la vida eterna. Y era como debido y correspondiente a la excelencia de esta eminente Reina, que en ella y por ella se magnificase la misericordia infinita del Altísimo, abriéndose tantos caminos para comunicarse la divinidad, y para entrar a su participación



todos los mortales por medio de María Purísima, si quisieren entrar por sus méritos e intercesión poderosa. Pero el precio, grandiosidad, hermosura y belleza de estas doce puertas, que eran de margaritas o perlas, declara el valor de la dignidad y gracias de esta Emperatriz de las alturas y la suavidad de su nombre dulcísimo para atraer a Dios a los mortales. Conoció María Santísima este beneficio del Señor, de que la hacía Medianera única del linaje humano y dispensera de los tesoros de su divinidad por su Hijo Unigénito. Y con este conocimiento supo la prudente y oficiosa Señora hacer tan preciosos y tan hermosos los merecimientos de sus obras y dignidad, que es asombro de los bienaventurados del cielo, y por eso fueron las puertas de esta ciudad preciosas margaritas para el Señor y los hombres.

**298.** En esta correspondencia dice que *la plaza de esta ciudad era oro purísimo como vidrio lucidísimo*. La plaza de esta ciudad de Dios, María Santísima, es el interior, donde, como en plaza y lugar común, concurren todas las potencias y asiste el comercio y trato de la república del alma y todo lo que entra en ella por los sentidos o por otros caminos. Esta plaza en María Santísima fue oro lucidísimo y purísimo, porque estaba como fabricada de sabiduría y amor divino. Nunca hubo allí tibieza, ni ignorancia o inadvertencia; todos sus pensamientos fueron altísimos, y sus afectos inflamados en inmensa caridad. Y en esta plaza se consultaron los misterios altísimos de la divinidad; allí se despachó aquel *fiat mihi (Lc., 1, 38)*, etc., que dio principio a la mayor obra que Dios ha hecho ni hará jamás; allí se formaron y consultaron innumerables peticiones para el tribunal de Dios en favor del linaje humano; allí están depositadas las riquezas que bastan para sacar de pobreza a todo el mundo, si todos entraren al comercio de esta *plaza*. Y aun será también plaza de armas contra el demonio y todos los vicios; pues en el interior de María Purísima estaban

las gracias y virtudes que a ella la hicieron terrible contra el infierno, y a nosotros nos darían virtud y fuerzas para vencerle.

**299.** Dice más: *Que en la ciudad no hay templo, porque el Señor Dios omnipotente es su templo, y el Cordero.* El templo en las ciudades sirve para el culto y oración que damos a Dios, y fuera grande falta si en la ciudad de Dios no hubiera templo, cual a su grandeza y excelencia convenía. Pero en esta ciudad de María Santísima hubo tan sagrado templo, que el mismo Dios omnipotente y el Cordero, que son la divinidad y humanidad de su Hijo unigénito, fueron templo suyo, porque en ella estuvieron como en su lugar legítimo y templo, donde fueron adorados y reverenciados en espíritu y verdad (Jn., 4, 23), más dignamente que en "todos los templos del mundo. Fueron también templo de María Purísima, porque ella estuvo comprendida y rodeada y como encerrada en la divinidad y humanidad, sirviéndola de su habitación y tabernáculo. Y como estando en él nunca cesó de adorar, dar culto y orar al mismo Dios y al Verbo Humanado en sus entrañas, por eso estaba en Dios y en el Cordero como en templo, pues al templo no le conviene menos que la santidad continua en todos tiempos. Y para considerar esta divina Señora dignamente, siempre la debemos imaginar en la misma Divinidad encerrada como en templo, y en su Hijo Santísimo; y allí entenderemos qué actos y operaciones de amor, adoración y reverencia haría; qué delicias sentiría con el mismo Señor y qué peticiones haría en aquel templo tan en favor del linaje humano; que como veía en Dios la necesidad grande de reparo que tenía, se encendía en su caridad, clamaba y pedía de lo íntimo del corazón por la salud de los mortales.

**300.** También dice el evangelista: *Que la ciudad no ha menester sol ni luna que la den luz, porque la claridad de*

***Dios la iluminó, y su lucerna es el Cordero.*** A la presencia de otra claridad mayor y más refulgente que la del sol y de la luna, no son éstas necesarias, como sucede en el cielo empíreo, que allí hay claridad de infinitos soles y no hace falta éste que nos alumbramos, aunque es tan resplandeciente y hermoso. En María Santísima, nuestra Reina, no fue necesario otro sol ni luna de criaturas, para que la enseñasen o alumbrasen, porque sola sin ejemplo agradó y complació a Dios; ni tampoco su sabiduría, santidad y perfección de obrar pudo tener otro maestro y arbitro menos que al mismo sol de justicia y a su Hijo Santísimo. Todas las demás criaturas fueron ignorantes para enseñarla a merecer ser Madre digna de su Criador; pero en esta misma escuela aprendió a ser humildísima y obedientísima entre los humildes y obedientes, pues no por ser enseñada del mismo Dios dejó de preguntar y obedecer hasta a los más inferiores en las cosas que convenía obedecerlos, antes, como discípula única del que enmienda a los sabios, aprendió esta divina filosofía de tal Maestro. Y salió tan sabia, que pudo decir el evangelista:

**301.** *Y las gentes caminarán con su luz:* porque si Cristo Señor nuestro llamó a los doctores y santos luces encendidas (Mt., 5, 14) y puestas sobre el candelero de la Iglesia para que la ilustrasen, y del resplandor y de la luz que han derramado los Patriarcas, Profetas, Apóstoles, Mártires y Doctores, han llenado a la Iglesia Católica de tanta claridad que parece un cielo con muchos soles y lunas ¿qué se podrá decir de María Santísima, cuya luz y resplandor excede incomparablemente a todos los Maestros y Doctores de la Iglesia y a los mismos Ángeles del cielo? Si los mortales tuvieran claros ojos para ver estas luces de María Santísima, ella sola bastaba para iluminar a todo hombre que viene al mundo (Jn., 1, 9) y encaminarlos por las sendas rectas de la eternidad. Y porque todos los que han llegado al conocimiento de Dios

han caminado con la luz de esta Ciudad Santa, dice San Juan: Que las gentes caminarán con su luz. Y a esto se seguirá también:

**302.** *Y los reyes de la tierra llevarán a ella su honor y su gloria.* Muy felices serán los reyes y los príncipes que en sus personas y monarquías trabajaren con dichoso desvelo para cumplir esta profecía. Todos debían hacerlo; pero serán bienaventurados los que lo hicieren, convirtiéndose con afecto íntimo del corazón a María Santísima, empleando la vida, la honra, las riquezas y grandeza de sus fuerzas y estados en la defensa de esta Ciudad de Dios y en dilatar su gloria por el mundo y engrandecer su nombre por la Iglesia Santa, y contra la osadía loca de los infieles y herejes. Con dolor íntimo me admiro de los príncipes católicos que no se desvelen para obligar a esta Señora e invocarla, para que en sus peligros, que en los príncipes son mayores, tengan su refugio y protección, intercesora y abogada. Y si los peligros son grandes en los reyes y potentados, acuérdense que no es menor su obligación de ser agradecidos, pues dice de sí misma esta divina Reina y Señora que por ella reinan los reyes y mandan los príncipes, y los grandes y poderosos administran justicia, ama a los que la aman y los que la ilustraren alcanzarán la vida eterna, porque obrando en ella no pecarán (Prov., 8, 15ss).

**303.** No quiero ocultar la luz que muchas Veces se me ha dado, y señaladamente en este lugar, para que la manifieste. En el Señor se me ha mostrado que todas las aflicciones de la Iglesia Católica, y los trabajos que padece el pueblo cristiano, siempre se han reparado por medio de la intercesión de María Santísima; y que en el afligido siglo de los tiempos presentes, cuando la soberbia de los herejes tanto se levanta contra Dios y su Iglesia llorosa y afligida, sólo tienen un remedio tan

**lamentables miserias; y éste es convertirse los reinos y los reyes católicos a la Madre de la Gracia y Misericordia, María Santísima, obligándola con algún singular servicio en que se acreciente y dilate su devoción y gloria por toda la redondez de la tierra, para que, inclinándose a nosotros, nos mire con misericordia. En primer lugar alcance gracia de su Hijo Santísimo, con que se reformen los vicios tan desbocados como el enemigo común ha sembrado en el pueblo cristiano, y con su intercesión aplaque la ira del Señor que tan justamente nos castiga y amenaza con mayor azote y desdichas. De esta reformatión y enmienda de nuestros pecados se seguirá en segundo lugar la victoria contra los infieles y extirpación de las falsas sectas que oprimen la Iglesia Santa, porque María Santísima es el cuchillo que las ha de extinguir y degollar en el mundo universo.**

**304.** Hoy experimenta el mundo el daño de este olvido, y si los príncipes católicos no tienen prósperos sucesos en el gobierno de sus reinos, en su conservación y aumento de la fe católica, en la expugnación de sus enemigos, en las victorias o guerras contra los infieles, todo sucede porque no atinan con este norte que los encamine, ni han puesto a María por principio y fin inmediato de sus obras y pensamientos, olvidados que esta Reina anda en los caminos de la justicia para enseñarla y llevarlos por ella y enriquecer a los que la aman (Prov., 8, 21).

**305.** ¡Oh Príncipe y Cabeza de la Santa Iglesia católica y Prelados que también os llamáis príncipes de ella! ¡Oh católico Príncipe y Monarca de España (Felipe IV, con quien la autora mantuvo correspondencia epistolar), a quien por obligación natural, por singular afecto y por orden del Altísimo enderezo esta humilde pero verdadera exhortación! arrojad vuestra corona y monarquía a los pies de esta Reina y Señora del cielo y de la tierra; buscad a la Restauradora de todo el linaje

humano; acudid a la que con el poder Divino es sobre todo el poder de los hombres y del infierno; convertid vuestros afectos a la que tiene en su mano las llaves de la voluntad y tesoros del Altísimo; llevad vuestra honra y gloria a esta Ciudad Santa de Dios, que no la quiere porque la ha menester para acrecentar la suya sino antes para mejorar y dilatar la vuestra; ofrecedle con vuestra piedad católica y de todo corazón algún obsequio grande y agradable, en cuya recompensa están librados infinitos bienes, la conversión de gentiles, la victoria contra herejes y paganos, la paz y tranquilidad de la Iglesia, nueva luz y auxilios para mejorar las costumbres y haceros rey grande y glorioso en esta vida y en la otra.

**306.** ¡Oh reino y monarquía de España católica, y por esto dichosísima, si a la firmeza y celo de tu fe que sobre tus méritos has recibido de la omnipotente diestra, añadieses tú el temor santo de Dios, correspondiente a la profesión de esta fe, señalada entre las naciones de todo el orbe! ¡Oh, si para conseguir este fin y corona de tus felicidades, todos tus moradores se levantasen con ardiente fervor en la devoción de María Santísima! ¡Cómo resplandecería tu gloria, cómo serías iluminada, cómo, amparada y defendida de esta Reina, y tus católicos reyes enriquecidos de tesoros de lo alto, y por su mano la suave ley del Evangelio propagada por todas las naciones! Advierte que esta gran Princesa honra a los que la honran, enriquece a los que la buscan, ilustra a los que la ilustran y defiende a los que en ella esperan; y para hacer contigo estos oficios de madre singular y usar de nuevas misericordias, te aseguro que espera y desea que la obligues y solicites su maternal amor. Pero también advierte que Dios de nadie necesita (Sal., 15, 2) y es poderoso para hacer de piedras hijos de Abrahán (Lc., 3, 8); y si de tanto bien te haces indigna, puede reservar esta gloria para quien él fuere servido y

menos lo desmereciere.

**307.** Y porque no ignores el servicio con que hoy se dará por obligada esta Reina y Señora de todos, entre muchos que te enseñará tu devoción y piedad, atiende al estado que tiene el misterio de su Inmaculada Concepción en toda la Iglesia y lo que falta para asegurar con firmeza los fundamentos de esta Ciudad de Dios. Y nadie juzgue esta advertencia como de mujer flaca e ignorante, o nacida de particular devoción y amor a mi estado y profesión debajo de este nombre y religión de María sin pecado original, pues para mí me basta mi creencia y luz que en esta Historia he recibido; no es para mí esta exhortación, ni yo la diera por sólo mi juicio y dictamen; obedezco en ella al Señor que da lengua a los mudos, hace prestas las de los niños infantes (Sab., 10, 21). Y quien se admirare de esta liberal misericordia, advierta lo que de esta Señora añade el Evangelista, diciendo:

**308.** *Y sus puertas no estarán cerradas por el día, que allí no hay noche.* Las puertas de la misericordia de María Santísima nunca estuvieron ni están cerradas, ni hubo en ella noche de culpa, desde el instante primero de su ser y concepción, que cerrase las puertas de esta Ciudad de Dios, como en los demás santos. Y como en un lugar donde las puertas están siempre patentes, salen y entran libremente todos los que quieren, a todos tiempos y horas, así a ninguno se le pone entredicho de los mortales para que entre con libertad al comercio de la divinidad por las puertas de la misericordia de María Purísima, donde tiene estanco el tesoro del cielo, sin limitación de tiempo, lugar, edad, ni sexo. Todos han podido entrar desde su fundación; que para eso la fundó el Altísimo con tantas puertas, y éstas no cerradas, sino abiertas y francas, y a la luz; porque desde su Concepción Purísima comenzaron a salir misericordias y beneficios por estas puertas para todo el linaje humano.

**Pero no porque tiene tantas puertas para que salgan por ellas las riquezas de la Divinidad, deja de estar segura de enemigos. Y por eso añade el texto:**

**309.** *No entrará en ella cosa manchada, o que cometiere abominación y mentira, mas de aquellos que están escritos en el libro de la vida del Cordero.* Renovando el evangelista el privilegio de las inmunidades de esta Ciudad de Dios, María, dio fin a este capítulo 21, asegurándonos que en ella no entró cosa manchada, porque se le dio alma y cuerpo immaculados. Y no se pudiera decir que no había entrado en ella cosa sin mancha, si hubiera tenido la de la culpa original, pues aun por esta puerta no entran las manchas o máculas de los pecados actuales. Todo lo que entró en esta Ciudad Santa fue lo que estaba escrito en la vida del Cordero, porque de su Hijo Santísimo se tomó el padrón y original para formarla, y de ningún otro se pudo copiar virtud alguna de María Santísima, por pequeña que fuese, si en ella pudiera haber alguna pequeña. Y si a esta puerta de María corresponde el ser ciudad de refugio para los mortales, es con condición que tampoco ha de tener parte ni entrada en ella el que cometiere abominación y mentira. Mas no por esto se despidan los manchados y pecadores hijos de Adán de llegar a las puertas de esta Ciudad Santa de Dios, que si llegan reconocidos y humillados a buscar la limpieza de la gracia, en estas puertas de la gran Reina la hallarán y no en otras. Limpia es, pura es, abundante es, y sobre todo es Madre de la Misericordia, dulce, amorosa y poderosa para enriquecer nuestra pobreza y limpiar las máculas de todas nuestras culpas.

*Doctrina que me dio la Reina en estos capítulos.*

**310.** Hija mía, grande enseñanza y luz encierran los misterios de estos capítulos, aunque en ellos has dejado



de decir muchas cosas. Pero de todo lo que has entendido y escrito trabaja para que te aproveches y no recibas la luz de la gracia en vano (2 Cor., 6, 1). Y lo que brevemente quiero de ti que adviertas es que, por haber sido tú concebida en pecado, descendiente de tierra y con inclinaciones terrenas, no por eso desmayes en la batalla de las pasiones hasta vencerlas, y en ellas a tus enemigos, pues con las fuerzas de la gracia del Altísimo, que te ayudará, te puedes levantar sobre ti misma y hacerte descendiente del cielo, donde viene la gracia. Y para que lo consigas ha de ser tu continua habitación las alturas, estando tu mente fija en el conocimiento del ser inmutable y perfecciones de Dios, sin consentir que de allí te derribe la atención de otra cosa alguna, aunque sea de las cosas necesarias. Y con esta incesante memoria y vista interior de la grandeza de Dios estarás dispuesta en todo lo demás para obrar lo más perfecto de las virtudes, y te harás idónea para recibir él influjo del Espíritu Santo y sus dones, y llegar al estrecho vínculo de la amistad y comunicación con el Señor. Y para que no impidas en esto su voluntad santa, que muchas veces se te ha mostrado y manifestado, trabaja en mortificar la parte inferior de la criatura, donde viven las inclinaciones y pasiones siniestras. Muere a todo lo terreno, sacrifica en presencia del Altísimo todos tus apetitos sensitivos y ninguno cumplas, ni hagas tu voluntad sin obediencia, ni salgas del secreto de tu interior donde te ilustrará la lucerna del Cordero. Adórnate para entrar en el tálamo de tu Esposo y déjate componer, como lo hará la diestra del Todopoderoso, si tú concurrees de tu parte y no le impides. Purifica tu alma con muchos actos de dolor de haberle ofendido y con ardentísimo amor le alaba y magnifica. Búscale y no sosiegues hasta hallar al que desea tu alma y no le dejes (Cant., 3, 4). Y quiero que vivas en esta peregrinación al modo de los que la han acabado, mirando sin cesar al objeto que los hace gloriosos. Este ha de ser el arancel de tu vida, para que con

la luz de la fe y la claridad de Dios omnipotente, que te iluminará y llenará tu espíritu, le ames, adores y reverencias, sin hacer en esto intervalo alguno. Esta es la voluntad del Altísimo en ti; advierte lo que puedes granjear y también lo que puedes perder. No quieras por ti misma aventurarlo, pero sujeta tu voluntad y redúctete toda a la enseñanza de tu Esposo, a la mía y a la de la obediencia, con quien lo has de conferir todo.—Esta fue la doctrina que me dio la Madre del Señor, a quien yo respondí llena de confusión, y la dije:

**311.** Reina y Señora de todo lo criado, cuya soy y deseo serlo por todas las eternidades, yo alabo por todas ellas la omnipotencia del Altísimo, que tanto quiso engrandeceros. Pues tan próspera sois y tan poderosa con Su Alteza, yo, Señora mía, os suplico miréis con misericordia a esta vuestra sierva pobre y mísera; y con los dones que el Señor puso en vuestras manos para distribuirlos a los necesitados, reparad mi vileza y enriqueced mi desnuda pobreza y compeledme como Señora hasta que eficazmente quiera y obre lo más perfecto y halle gracia en los ojos de vuestro Hijo Santísimo y mi Señor. Granjead para vos misma esta exaltación, de que la más inútil criatura sea levantada del polvo. En vuestras manos pongo mi suerte, quedadla vos, Señora y Reina mía, con eficacia, que vuestro querer es santo y poderoso, por los méritos de vuestro Hijo Santísimo y por la palabra de la Beatísima Trinidad, que tiene empeñada a vuestra voluntad y peticiones, para admitirlas sin negar alguna. No puedo obligaros porque soy indigna, pero representóos, Señora mía, vuestra misma santidad y clemencia.

## CAPITULO 20

*De lo que sucedió en los nueve meses del preñado de Santa Ana, y lo que hizo María Santísima en el vientre,*

*y su madre en aquel tiempo.*

**312.** Concebida María Santísima sin pecado original, como queda dicho, con aquella primera visión que tuvo de la Divinidad, quedó su espíritu todo absorto y llevado de aquel objeto de su amor, que comenzó en aquel estrecho tabernáculo del materno vientre en el instante que fue criada su alma dichosísima, para no interrumpirse jamás, antes para continuarle por toda la eternidad en la suma gloria de pura criatura, que goza en la diestra de su Hijo Santísimo. Y para que en la contemplación y amor divino fuese creciendo, a más de las especies infusas que recibió de otras cosas criadas y de las que redundaron de la primera visión de la Santísima Trinidad, con que ejercitó muchos actos de las virtudes que allí podía obrar, renovó el Señor la maravilla de aquella visión y manifestación abstractiva de su divinidad, concediéndosela otras dos veces; de suerte que se le manifestó la Santísima Trinidad tres veces por este modo, antes de nacer al mundo: una en el instante que fue concebida, otra hacia la mitad de los nueve meses y la tercera el día antes que naciera. Y no se entienda que por no ser continuo este modo de visión, le faltó otro más inferior, aunque superiorísimo y muy alto, con que miraba por fe y especial ilustración el ser de Dios; que este modo de contemplación fue incesante y continuo en María Santísima sobre toda la contemplación que tuvieron todos los viadores juntos.

**313.** Pero aquella visión abstractiva de la Divinidad, aunque no era ajena del estado de viadora, con todo eso era tan alta e inmediata a la visión intuitiva, que no debía ser continua en esta vida mortal para quien había de merecer la gloria intuitiva por otros actos; mas venía a ser sumo beneficio de la gracia para este intento, porque dejaba especies impresas del Señor en el alma y la levantaba, y absorbía toda la criatura en el

**incendio del amor Divino. Estos afectos se renovaron con estas visiones en el alma santísima de María mientras estuvo en el vientre de Santa Ana, donde sucedió que teniendo uso perfectísimo de razón, y ocupándose en continuas peticiones por el linaje humano, en actos heroicos de reverencia, adoración y amor de Dios y trato con los Ángeles, no sintió el encerramiento de la natural y estrecha cárcel del vientre, ni le hizo falta el no usar de los sentidos, ni le fueron pesadas las pensiones naturales de aquel estado. A todo esto dejó de atender, con estar más en su amado que en el vientre de su madre y más que en sí misma.**

**314.** La última de estas tres visiones que tuvo fue con nuevos y más admirables favores del Señor; porque la manifestó cómo era ya tiempo de salir a luz del mundo y conversación de los mortales. Y obedeciendo a la Divina voluntad la Princesa del cielo, dijo al Señor: Dios Altísimo, dueño de todo mi ser, alma de mi vida y vida de mi alma, infinito en atributos y perfecciones, incomprendible, poderoso y rico en misericordias, Rey y Señor mío; de nada me habéis dado el ser que tengo; y sin haberlo podido merecer, me habéis enriquecido con los tesoros de vuestra Divina gracia y luz, para que con ella conociera luego vuestro ser inmutable y perfecciones divinas y conociéndoos fuerais el primer objeto de mi vista y de mi amor, para no buscar otro bien fuera de vos, que sois el sumo y el verdadero, y todo mi consuelo. Mandáisme, Señor mío, que salga a usar de la luz material y conversación de las criaturas; y en vuestro mismo ser, donde todas las cosas se conocen como en clarísimo espejo, he visto el peligroso estado de la vida mortal y sus miserias. Si en ellas, por mi flaqueza y naturaleza débil, he de faltar sólo un punto a vuestro servicio y amor y allí he de morir, muera aquí ahora primero que pase a estado donde os pueda perder. Pero, Señor y dueño mío, si vuestra voluntad santa se ha de

**cumplir, remitiéndome al tempestuoso mar de este mundo, a vos, altísimo y poderoso bien de mi alma, suplico que gobernéis mi vida, enderecéis mis pasos y hagáis todas mis acciones a vuestro mayor agrado. Ordenad en mí la caridad (Cant., 2, 4), para que con el nuevo uso de las criaturas, con Vos y con ellas se mejore. He conocido en Vos la ingratitud de muchas almas y temo con razón —que soy de su naturaleza— si acaso yo cometeré la misma culpa. En esta caverna estrecha del vientre de mi madre he gozado de los espacios infinitos de vuestra Divinidad, aquí poseo todo el bien, que sois vos, amado mío; y siendo ahora sólo vos mi parte (Sal., 72, 26) y posesión, no sé si fuera de este encerramiento la perderé a la vista de otra luz y uso de mis sentidos. Si posible fuera y conveniente renunciar el comercio de la vida que me aguarda, yo de mi voluntad lo negara todo y careciera de ella; pero no se haga mi voluntad sino la vuestra. Y pues así lo queréis, dadme vuestra bendición y beneplácito para nacer al mundo y no apartéis de mí en el siglo, donde me ponéis, vuestra divina protección.— Hecha esta oración por la dulcísima niña María, el Altísimo la dio su bendición, y la mandó, como con imperio, saliese a la luz material de este sol visible y la ilustró de lo que debía hacer en cumplimiento de sus deseos.**

**315.** La felicísima madre Santa Ana corría su preñado toda espiritualizada con divinos efectos y suavidad que sentía en sus potencias; pero la Divina Providencia, para mayor corona y seguridad de su próspera navegación de la Santa, ordenó que llevase algún lastre de trabajos, porque sin ellos no se logran harto los frutos de la gracia y del amor. Y para mejor entender lo que a esta santísima matrona sucedió, se debe advertir que el demonio, después que con sus malos ángeles fue derribado del cielo a las penas infernales, andaba siempre desvelado, atendiendo y acechando a todas las

mujeres más santas de la ley antigua, para reconocer si topaba con aquella cuya señal había visto y cuya planta le había de hollar y quebrantar la cabeza (Ap., 12, 1; Gén., 3, 15). Y era tan ardiente la indignación de Lucifer, que estas diligencias no las fiaba de solos sus inferiores; pero ayudándose de ellos contra algunas mujeres virtuosas, él mismo por sí atendía y rodeaba a las que conocía se señalaban más en ellas las virtudes y la gracia del Altísimo.

**316.** Con esta malignidad y astucia advirtió mucho en la extremada santidad de la gran matrona Ana y en todo lo que alcanzaba de cuanto en ella iba sucediendo; y aunque no pudo conocer el valor del tesoro que su dichoso vientre encerraba, porque el Señor le ocultaba este y otros misterios, pero sentía contra sí una grande fuerza y virtud que redundaba de Santa Ana; y el no poder penetrar la causa de aquella poderosa eficacia, le traía a tiempos muy turbado y zozobrado en su mismo furor. Otras veces se quietaba un poco, juzgando que aquel preñado era por el mismo orden y causas naturales que los demás y que no había en él cosa nueva que temer; porque le dejaba el Señor alucinarse en su misma ignorancia y andarse mareando en las olas soberbias de su propia indignación. Pero con todo esto se escandalizaba su perversísimo espíritu de ver tanta quietud en el preñado de Santa Ana y tal vez se le manifestaba la asistían muchos Ángeles; y sobre todo le despechaba el sentirse flaco en fuerzas para resistir a la que salía de la bienaventurada Santa Ana; y dio en sospechar que no era sola ella quien la causaba.

**317.** Turbado el Dragón con estos recelos, determinó quitar la vida si pudiera a la dichosísima Ana; y si no podía conseguirlo, procurar a lo menos que tuviese mal gozo de su preñado; porque era tan desmedida la soberbia de Lucifer, que se persuadía podría vencer o

quitar la vida, si no se le ocultaba, a la que fuese Madre del Verbo Humanado, y al mismo Mesías Reparador del mundo. Y esta suma arrogancia fundaba en que su naturaleza de ángel era superior en condición y fuerzas a la naturaleza humana; como si a una y a otra no fuera superior la gracia, y entrambas no estuvieran subordinadas a la voluntad de su Criador. Con esta audacia se animó a tentar a Santa Ana con muchas sugerencias, espantos, sobresaltos y desconfianzas de la verdad de su preñado, representándole su larga edad y dilación. Y todo esto hacía el demonio para explorar la virtud de la Santa y ver si el efecto de estas sugerencias abría algún portillo por donde él pudiese entrar a saltarle la voluntad con algún consentimiento.

**318.** Pero la invicta matrona resistió estos golpes varonilmente, con humilde fortaleza, paciencia, continua oración y viva fe en el Señor, con que desvanecía las marañas fabulosas del dragón y todas redundaban en mayores aumentos de la gracia y protección divina; porque a más de los grandes merecimientos que la santa madre acumulaba, la defendían los príncipes, que guardaban a su Hija santísima, y arrojaban a los demonios de su presencia. Mas no por esto desistió la insaciable malicia de este enemigo; y como su arrogancia y su soberbia excede a su fortaleza, procuró valerse de medios humanos; porque con tales instrumentos se promete siempre mayores victorias. Y habiendo procurado primero derribar la casa de San Joaquín y Santa Ana, para que con el susto se alterase y moviese, como no lo pudo conseguir, porque los Ángeles Santos le resistieron, irritó a unas mujercillas flacas, conocidas de Santa Ana, para que riñesen con ella, como lo hicieron con grande ira, injuriándola con palabras muy desmedidas de contumelia; y entre ellas hicieron gran mofa de su preñado, diciéndola que era embuste del demonio salir con aquello al cabo de tantos años y vejez.

**319.** No se turbó Santa Ana con esta tentación, antes con toda mansedumbre y caridad sufrió las injurias y acarició a quien se las hacía; y desde entonces miró a aquellas mujeres con más afecto y les hizo mayores beneficios. Pero no luego se les templó la ira, por haberlas poseído el demonio para encenderlas en odio de la Santa; y como entregándosele una vez a este cruel tirano, cobra más fuerzas para traer a su mandado a quien se le sujeta, incitó aquellos ruines instrumentos para que intentasen alguna venganza en la persona y vida de Santa Ana; mas no pudieron ejecutarlo, porque la virtud Divina hizo más débiles e ineptas las flacas fuerzas de aquellas mujeres y nada pudieron obrar contra la Santa, antes ella las venció con amonestaciones y las redujo con sus oraciones a conocimiento y enmienda de sus vidas.

**320.** Con esto quedó vencido el Dragón, pero no rendido, porque luego se valió de una criada que servía a los Santos Casados y la irritó contra Santa Ana; de suerte que ésta fue peor que las otras mujeres, porque era enemigo doméstico, y por esto más pertinaz y peligroso. No me detengo en referir lo que intentó el enemigo por medio de esta criada, porque fue lo mismo que por las otras mujeres, aunque con mayor molestia y riesgo de la Santa Matrona; pero con el favor Divino alcanzó victoria de esta tentación más gloriosamente que de las otras; porque no dormitaba la guarda de Israel que guardaba a su Ciudad Santa (Sal., 120, 4) y la tenía guarnecida con tantas centinelas, los más esforzados de su milicia, que ahuyentaron a Lucifer y sus ministros para que no molestasen más a la dichosa madre, que aguardaba ya el parto felicísimo de la Princesa del Cielo, y se había dispuesto para él con los actos heroicos de las virtudes y merecimientos adquiridos en estas peleas, y se acercaba el fin deseado. Y yo deseo también el de estos capítulos



para oír la saludable doctrina de mi Señora y Maestra; que si bien me administra todo lo que escribo, pero lo que a mí me está mejor es su maternal amonestación, y así la aguardo con sumo gozo y júbilo de mi espíritu.

**321.** Hablad, pues, Señora, que vuestra sierva oye. Y si me dais licencia, aunque soy polvo y ceniza, preguntaré una duda que en este capítulo se me ha ofrecido, pues en todas me remito a vuestra dignación de Madre, de Maestra y Dueña mía. La duda en que me hallo es ésta: ¿cómo, habiendo sido vos Señora de todo lo criado, concebida sin pecado y con tan alta noticia de todas las cosas en la visión de la Divinidad que vuestra alma santísima tuvo, se compadecía con esta gracia el temor y ansias tan grandes que teníades de no perder la amistad de Dios y no ofenderle? Si al primer paso e instante de vuestro ser os previno la gracia, ¿cómo en habiendo comenzado a ser temíades perderla? Y si el Altísimo os eximió de la culpa, ¿cómo podíades caer en otras y ofender a quien os guardó de la primera?

*Doctrina y respuesta de la Reina del cielo.*

**322.** Hija mía, oye la respuesta de tu duda. Cuando en la visión que tuve de la Divinidad en el primer instante hubiera conocido mi inocencia y que estaba concebida sin pecado, son de tal condición estos beneficios y dones de la mano del Altísimo, que cuanto más aseguran y se conocen tanto mayor cuidado y atención despiertan para conservarlos y no ofender a su Autor, que por sola su bondad los comunica a la criatura; y traen consigo tanta luz de que se derivan de la virtud sola de lo alto y por los méritos de mi Hijo Santísimo, sin conocer la criatura más que su indignidad e insuficiencia, que con esto entiende muy claro recibe lo que no merece, y que siendo ajeno no debe ni puede apropiárselo a sí misma. Y conociendo que hay dueño y causa tan superior que, como de liberalidad

lo concede, puede asimismo quitárselo y dar a quien fuere servido, de aquí nace forzosamente la solicitud y cuidado de no perder lo que se tiene de gracia, antes obrar con diligencia para conservarlo y aumentar el talento (Mt., 25, 16ss), pues se conoce ser este sólo el medio para no perder lo que tenemos en depósito, y que se le da a la criatura para que vuelva el retorno y trabaje en la gloria de su Hacedor; y el cuidar de este fin es precisa condición para conservar los beneficios de la gracia recibida.

**323.** A más de esto se conoce allí la fragilidad de la humana naturaleza y su libre voluntad para el bien y el mal. Y este conocimiento no me le quitó el Altísimo, ni le quita a nadie cuando es viador; antes le deja a todos como conviene para que a su vista se arraigue el temor santo de no caer en culpa, aunque sea pequeña. Y en mí fue mayor esta luz; porque conocí que una pequeña falta dispone para otra mayor y la segunda es castigo de la primera. Verdad es que por los beneficios y gracias que había obrado el Señor en mi alma, no era posible caer en pecado con ellas; pero de tal suerte dispuso su providencia este beneficio, que me ocultó la seguridad absoluta de no pecar; y conocía que por mí sola era posible caer y sólo pendía de la Divina voluntad el no hacerlo; y así reservó para sí el conocimiento y mi seguridad y a mí me dejó el cuidado y santo temor de no pecar como viadora; y desde mi concepción hasta la muerte no le perdí, mas antes creció en mí con la vida.

**324.** Diome también el Altísimo discreción y humildad para que no preguntase ni examinase este misterio, y sólo atendía a fiar de su bondad y amor que me asistiría para no pecar. Y de aquí resultaban dos efectos necesarios en la vida cristiana: el uno tener quietud en el alma, el otro no perder el temor y desvelo de guardar mi tesoro; y como éste era temor filial, no disminuía el amor,

antes le encendía más y acrecentaba. Y estos dos efectos de amor y temor hacían en mi alma una consonancia divina para ordenar todas mis acciones en alejarme del mal y unirme con el sumo bien.

**325.** Amiga mía, este es el mayor examen de las cosas del espíritu: que vengan con verdadera luz y sana doctrina, que enseñen la mayor perfección de las virtudes y con gran fuerza muevan para buscarla. Esta condición tienen los beneficios que descienden del Padre de las lumbres, que aseguran humillando y humillan sin desconfianza, y dan confianza con solicitud y desvelo y solicitud con sosiego y paz, para que estos afectos no se impidan en el cumplimiento de la voluntad Divina. Y tú, alma, ofrece humilde y fervorosa agradecimiento al Señor, porque ha sido tan liberal contigo, habiéndole obligado tan poco, y te ha ilustrado con su Divina luz y franqueado el archivo de sus secretos y te previno con el temor de su desgracia. Pero usa de él con medida y excede más en el amor; y con estas dos alas te levanta sobre todo lo terreno y sobre ti misma. Procura deponer luego cualquiera desordenado afecto que te mueva temor excesivo; y deja tu causa al Señor y la suya toma por cosa propia. Teme hasta que seas purificada y limpia de tus culpas e ignorancias; y ama al Señor hasta que seas toda transformada en Él y en todo le hagas dueño y arbitro de tus acciones, sin que tú lo seas de ninguna. No fíes de tu propio juicio, ni seas sabia contigo misma (Prov., 3, 7), porque al dictamen propio le ciegan fácilmente las pasiones y le llevan tras de sí, y él con ellas arrebatan la voluntad; con que se viene a temer lo que no se debía temer y a dilatarse en lo que no le conviene. Asegúrate de suerte que no te dilates con liviano gusto interior; duda y teme hasta que con quietud solícita halles el medio conveniente en todo; y siempre le hallarás si te sujetas a la obediencia de tus Prelados y a lo que el Altísimo en ti obrare y te enseñare. Y

aunque los efectos sean buenos en el fin que se desea, todos se han de registrar con la obediencia y consejo, porque sin esta dirección suelen salir monstruos y sin provecho. En todo serás atenta a lo más santo y perfecto.

## CAPITULO 21

*Del nacimiento dichoso de María Santísima y Señora nuestra; los favores que luego recibió de mano del Altísimo; y cómo la pusieron el nombre en el cielo y tierra.*

**326.** Llegó el día alegre para el mundo del parto felicísimo de Santa Ana y nacimiento de la que venía a él santificada y consagrada para Madre del mismo Dios. Sucedió este parto a los ocho días de septiembre, cumplidos nueve meses enteros después de la concepción del alma santísima de nuestra Reina y Señora. Fue prevenida su madre Ana con ilustración interior, en que el Señor le dio aviso cómo llegaba la hora de su parto. Y llena de gozo del Divino Espíritu atendió a su voz; y postrada en oración pidió al Señor la asistiese su gracia y protección para el buen suceso de su parto. Sintió luego un movimiento en el vientre, que es el natural de las criaturas para salir a luz; y la más que dichosa niña María al mismo tiempo fue arrebatada por Providencia y virtud Divina en un éxtasis altísimo, en el cual absorta y abstraída de todas las operaciones sensitivas nació al mundo sin percibirlo por el sentido; como pudiera conocerlo por ellos, si junto con el uso de razón que tenía, los dejara obrar naturalmente en aquella hora; pero el poder del Muy Altó lo dispuso en esta forma, para que la Princesa del cielo no sintiese lo natural de aquel suceso del parto.

**327.** Nació pura, limpia, hermosa y llena toda de gracias, publicando en ellas que venía libre de la ley y

tributo del pecado; y aunque nació como los demás hijos de Adán en la sustancia, pero con tales condiciones y accidentes de gracias, que hicieron este nacimiento milagroso y admirable para toda la naturaleza y alabanza eterna del Autor. Salió, pues, este divino lucero al mundo a las doce horas de la noche, comenzando a dividir la de la antigua ley y primeras tinieblas del día nuevo de la gracia, que ya quería amanecer. Envolviéronla en paños y fue puesta y aliñada como los demás niños la que tenía su mente en la Divinidad, y tratada como párvula la que en sabiduría excedía a los mortales y a los mismos Ángeles. No consintió su madre que por otras manos fuese tratada entonces, antes ella por las suyas la envolvió en las mantillas, sin embarazarle el sobreparto; porque fue libre de las pensiones onerosas que tienen de ordinario las otras madres de sus partos.

**328.** Recibió Santa Ana en sus manos a la que, siendo hija suya, era juntamente el tesoro mayor del cielo y tierra en pura criatura, sólo a Dios inferior y superior a todo lo criado; y con fervor y lágrimas la ofreció a Su Majestad, diciendo en su interior: Señor de infinita sabiduría y poder, Criador de todo cuanto tiene ser; el fruto de mi vientre, que de vuestra bondad he recibido, os ofrezco con eterno agradecimiento de que me le habéis dado, sin poderlo yo merecer. De hija y madre haced a vuestra voluntad santísima, y mirad nuestra pequeñez desde lo alto de vuestra silla y grandeza. Eternamente seáis bendito, porque habéis enriquecido al mundo con criatura tan agradable a vuestro beneplácito y porque en ella habéis preparado la morada y tabernáculo (Sab., 9, 8) para que viva el Verbo Eterno. A mis santos padres y profetas doy la enhorabuena, y en ellos a todo el linaje humano, por la segura prenda que les dais de su redención. Pero ¿cómo trataré yo a la que me dais por hija, no mereciendo ser su

**sierva? ¿Cómo tocaré la verdadera arca del testamento? Dadme, Señor y Rey mío, la luz que necesito para saber vuestra voluntad, y ejecutarla en agrado vuestro y servicio de mi hija.**

**329.** Respondió el Señor a la Santa Matrona en su interior, que tratase a la divina niña como madre a su hija en lo exterior, sin mostrarle reverencia, pero que se la tuviese en lo interior; y que en su crianza cumpliese con las leyes de verdadera madre, cuidando de su hija con solicitud y amor. Todo lo cumplió así la feliz madre; y usando de este derecho y licencia, sin perder la reverencia debida, se regalaba con su Hija Santísima, tratándola y acariciándola como lo hacen las otras madres con las suyas, pero con el aprecio y atención digna de tan oculto y divino sacramento como entre hija y madre se encerraba. Los Ángeles de Guarda de la dulce niña con otra gran multitud la adoraron y reverenciaron en los brazos de su madre y la hicieron música celestial, oyendo algo de ella la dichosa Ana; y los mil Ángeles señalados para la custodia de la gran Reina se le ofrecieron y se dedicaron para su ministerio; y fue esta la primera vez que la divina Señora los vio en forma corpórea con las divisas y hábito que diré en otro capítulo (Cf. infra n. 361ss); y la niña les pidió que alabasen al Altísimo con ella y en su nombre.

**330.** Al punto que nació nuestra Princesa María, envió el Altísimo al santo Arcángel Gabriel para que evangelizase a los Santos Padres del limbo esta nueva tan alegre para ellos; y el embajador celestial bajó luego, ilustrando aquella profunda caverna y alegrando a los justos que en ella estaban detenidos. Anuncióles cómo ya comenzaba a amanecer el día de la felicidad eterna y reparación del linaje humano, tan deseado y esperado de los Santos y prenunciado de los Profetas, porque ya era nacida la que sería Madre del Mesías prometido; y que verían luego la

salud y la gloria del Altísimo. Y dioles noticia el Santo Príncipe de las excelencias de María Santísima y de lo que la mano del Omnipotente había comenzado a obrar en ella, para que conocieran mejor el dichoso principio del misterio que daría fin a su prolongada prisión; con que se alegraron en espíritu todos aquellos Padres y Profetas, y los demás justos que estaban en el limbo, y con nuevos cánticos alabaron al Señor por este beneficio.

**331.** Habiendo sucedido en breve tiempo todo lo que he dicho en que nuestra Reina vio la luz del sol material, conoció con los sentidos a sus padres naturales y otras criaturas, que fue el primer paso de su vida en el mundo en naciendo. El brazo poderoso del Altísimo comenzó a obrar en ella nuevas maravillas sobre todo el pensamiento de los hombres; y la primera y estupenda fue enviar innumerables Ángeles para que a la electa para Madre del Verbo eterno la llevasen al cielo empíreo en alma y cuerpo (Cf. infla n. 339-344) para lo que el Señor disponía. Cumplieron este mandato los Santos Príncipes y, recibiendo a la niña María de los brazos de su madre Santa Ana, ordenaron una nueva y solemne procesión, llevando con cánticos de incomparable júbilo a la verdadera arca del Nuevo Testamento, para que por algún espacio estuviese, no en casa de Obededon, mas en templo del sumo Rey de los reyes y Señor de los señores, donde después había de ser colocada eternamente. Y este fue el segundo paso que dio María Santísima en su vida, desde el mundo al supremo cielo.

**332.** ¿Quién podrá dignamente engrandecer este maravilloso prodigio de la diestra del Omnipotente? ¿Quién dirá el gozo y admiración de los espíritus celestiales, cuando miraban aquella tan nueva maravilla entre las obras del Altísimo y con nuevos cánticos la celebraban? Allí reconocieron y reverenciaron a su Reina y Señora escogida para Madre del que había de ser su

**Cabeza, y que era la causa de la gracia y de la gloria que poseían, pues Él se la había granjeado con sus méritos previstos en la Divina aceptación. Pero ¿qué lengua o qué pensamiento de los mortales puede entrar en el secreto del corazón de aquella niña tan tierna en el suceso y efectos de tan peregrino favor? Dejólo a la piedad católica, y mucho más a los que en el Señor lo conocerán, y nosotros cuando por su misericordia infinita llegaremos a gozarle cara a cara.**

**333.** Entró la niña María en manos de los Ángeles en el Cielo empíreo y, postrada con el afecto en la presencia del trono real del Altísimo, sucedió allí —a nuestro entender— la verdad de lo que antes se hizo en figura, cuando entrando Betsabé en presencia de su hijo Salomón, que desde su trono juzgaba al pueblo de Israel, se levantó de él y recibiendo a su madre la magnificó y honró, dándole asiento de reina a su lado (3 Re., 2, 19). Lo mismo hizo y más gloriosa y admirablemente la Persona del Verbo Eterno con la niña María que para Madre había escogido, recibéndola en su trono y dándole a su lado la posesión de Madre suya y Reina de todo lo criado, aunque se hacía ignorando ella la dignidad propia y el fin de tan inefables misterios y favores; mas para recibirlos fueron sus flacas fuerzas confortadas con la virtud Divina. Diéronsele nuevas gracias y dones con que sus potencias respectivamente fueron elevadas; y las interiores, sobre nueva gracia y luz con que fueron preparadas, las elevó y proporcionó Dios con el objeto que se le había de manifestar; y dando el lumen necesario desplegó su Divinidad y se la manifestó intuitiva y claramente en grado altísimo; siendo esta vez la primera que aquella alma santísima de María vio a la Beatísima Trinidad con visión clara y beatífica.

**334.** De la gloria que en esta visión tuvo la niña María, de los sacramentos que le fueron revelados de nuevo, de



los efectos que redundaron en su alma purísima, sólo fue testigo el Autor de tan inaudito milagro, y la admiración de los Ángeles que en él mismo conocían algo de este misterio. Pero estando la Reina a la diestra del Señor que había de ser su Hijo, y viéndole cara a cara, pidió más dichosamente que Betsabé que diese la intacta Sunamitis Abisag (3 re., 2, 21), que era su inaccesible Divinidad, a la humana naturaleza su propia hermana, y cumpliese la palabra bajando del cielo al mundo y celebrando el matrimonio de la unión hipostática en la Persona del Verbo, pues tantas veces la había empeñado con los hombres por medio de los Patriarcas y Profetas antiguos; pidióle acelerase el remedio del linaje humano que por tantos siglos le aguardaba, multiplicándose los pecados y pérdidas de las almas. Oyó el Altísimo esta petición de tanto agrado y prometió a su Madre, mejor que Salomón a la suya, que luego desempeñaría sus promesas y bajaría al mundo tomando carne humana para redimirle.

**335.** Determinóse en aquel consistorio y tribunal divino de la Santísima Trinidad de dar nombre a la niña Reina; y como ninguno es legítimo y propio sino el que se pone en el ser inmutable de Dios, que es donde con equidad, peso, medida e infinita sabiduría se dispensan y ordenan todas las cosas, quiso Su Majestad ponerse y dársele por sí mismo en el cielo; donde manifestó a los espíritus angélicos, que las tres divinas personas habían decretado y formado los dulcísimos nombres de Jesús y María, para Hijo y Madre de *ab initio ante saecula*, y que en todas las eternidades se habían complacido con ellos y teníolos grabados en su memoria eterna y presentes en todas las cosas que habían dado ser, porque para su servicio las criaban. Y conociendo estos y otros muchos misterios los Santos Ángeles, oyeron una voz del trono que decía en Persona del Padre Eterno: María se ha de llamar nuestra electa, y este nombre ha de ser maravilloso y magnífico; los que le

invocaren con afecto devoto recibirán copiosísimas gracias; los que le estimaren y pronunciaren con reverencia serán consolados y vivificados; y todos hallarán en él remedio de sus dolencias, tesoros con que enriquecerse, luz para que los encamine a la vida eterna. Será terrible contra el infierno, quebrantará la cabeza de la serpiente y alcanzará insignes victorias de los príncipes de tinieblas.—Mandó el Señor a los espíritus angélicos que evangelizasen este dichoso nombre a Santa Ana, para que en la tierra se obrase lo que se había confirmado en el cielo. La niña divina, postrada con el afecto ante el trono, rindió agradecidas y humildes gracias al ser eterno y con admirables y dulcísimos cánticos recibió el nombre. Y si se hubieran de escribir las prerrogativas y gracias que le concedieron, fuera menester libro aparte de mayores volúmenes. Los Santos Ángeles adoraron y reconocieron de nuevo en el trono del Altísimo a María Santísima por Madre del Verbo futura y por su Reina y Señora; y veneraron el nombre, postrándose a la pronunciación que de él hizo la voz del Eterno Padre que salía del trono, y particularmente los que le tenían por divisa en el pecho; y todos dieron cánticos de alabanza por tan grandes y ocultos misterios; ignorando siempre la niña Reina la causa de todo lo que conocía, porque no se le manifestó la dignidad de Madre del Verbo Humanado hasta el tiempo de la Encarnación. Y con el mismo júbilo y reverencia la volvieron a poner en los brazos de Santa Ana, a quien se le ocultó también este suceso y la falta o ausencia de su hija; porque en su lugar suplió uno de los Ángeles de Guarda, tomando cuerpo aéreo para este efecto; y a más de esto, mucho tiempo, mientras la niña divina estuvo en el cielo empíreo, tuvo su madre Ana un éxtasis de altísima contemplación y en él, aunque ignoraba lo que se hacía en su niña, le fueron manifestados grandes misterios de la dignidad de Madre de Dios, para que era escogida; y

la prudente matrona los guardó siempre en su pecho, confiriéndolos para lo que debía obrar con ella.

**336.** A los ocho días del nacimiento de la gran Reina, descendieron de las alturas multitud de Ángeles hermosísimos y rozagantes; y traían un escudo en que venía grabado brillante y resplandeciente el nombre de María; y manifestándose todos a la dichosa madre Ana, la dijeron que el nombre de su hija era el que llevaban allí de María; que la Divina Providencia se le había dado y ordenaba que se pusiesen luego ella y Joaquín. Llamóle la Santa, y confirieron la voluntad de Dios para dar nombre a su hija; y el más que dichoso padre recibió el nombre con júbilo y devoto afecto. Determinaron convocar a los parientes y a un sacerdote, y con mucha solemnidad y convite suntuoso pusieron María a la recién nacida; y los Ángeles lo celebraron con dulcísima y grandiosa música, y solas la oyeron madre e Hija santísima; con que quedó nuestra Princesa con nombre, dándosele la Santísima Trinidad en el cielo el día que nació y en la tierra a los ocho días; escribióse en el arancel de los demás, cuando salió su madre al templo a cumplir la ley, como se dirá (Cf. infra n. 345-360). Este fue el nuevo parto que hasta entonces ni el mundo le había visto, ni en pura criatura pudo haber otro semejante. Este fue el nacimiento más dichoso que pudo conocer la naturaleza, pues ya tuvo una infanta cuya vida de un día no sólo fue limpia de las inmundicias del pecado, pero más pura y santa que los supremos serafines. El nacimiento de Moisés fue celebrado por la belleza y elegancia del niño (Ex., 2, 2); pero toda era aparente y corruptible. ¡Oh cuán hermosa es nuestra gran niña! ¡Oh cuán hermosa! Toda es hermosa y suavísima en sus delicias (Cant., 7, 6), porque tiene todas las gracias y hermosuras, sin que le falte alguna. Fue la risa (Gén., 21, 6) y alegría de la casa de Abrahán el nacimiento de Isaac prometido y concebido de madre estéril; pero no

tuvo este parto mayor grandeza que la participada y derivada de nuestra niña Reina, a quien se encaminaba toda aquella tan deseada alegría; y si aquel parto fue admirable y de tanto gozo para la familia del Patriarca, porque era como exordio del nacimiento de María dulcísima, en éste se deben alegrar el cielo y tierra, pues nace la que ha de restaurar la ruina del cielo y santificar el mundo. Cuando nació Noé (Gén., 5, 29), se consoló Lamec su padre, porque aquel hijo sería en cuya cabeza aseguraba Dios la conservación del linaje humano por el arca y la restauración de sus bendiciones, desmerecidas por los pecados de los hombres; pero todo esto se hizo porque naciese al mundo esta niña, que había de ser verdadera Reparadora, siendo juntamente el arca mística que conservó al nuevo y verdadero Noé, y le trajo del cielo para llenar de bendiciones a todos los moradores de la tierra. ¡Oh dichoso parto! ¡Oh alegre nacimiento, que eres el mayor beneplácito de todos los siglos pasados para la Beatísima Trinidad, gozo para los Ángeles, refrigerio de los pecadores, alegría de los justos y singular consuelo para los santos que te aguardaban en el limbo!

**337.** ¡Oh preciosa y rica margarita, que saliste al sol encerrada en la grosera concha de este mundo! ¡Oh niña grande, que si apenas te divisan a la luz material los ojos terrenos, pero en los del Supremo Rey y sus cortesanos excedes en dignidad y grandeza a todo lo que no es el mismo Dios! Todas las generaciones te bendigan; todas las naciones reconozcan y alaben tu gracia y hermosura; la tierra sea ilustrada con este nacimiento; los mortales se letifiquen porque les nació su Reparadora, que llenará el vacío que originó y en que los dejó el primer pecado. Bendita y engrandecida sea vuestra dignación conmigo, que soy el más abatido polvo y ceniza. Y si me dais licencia, Señora mía, para que hable en vuestra presencia, preguntaré una duda que

se me ha ofrecido en este misterio de vuestro admirable y santo nacimiento, sobre lo que hizo el Altísimo con vos en la hora que os puso en esta luz material del sol.

**338.** La duda es: ¿cómo se entenderá que por mano de los Santos Ángeles fuisteis llevada en cuerpo hasta el Cielo empíreo y vista de la Divinidad? Pues según la doctrina de la Santa Iglesia y sus doctores, estuvo cerrado el Cielo, y como entredicho para los hombres, hasta que Vuestro Hijo Santísimo le abrió con su vida y muerte y como Redentor y cabeza entró en él cuando resucitado subió el día de su admirable ascensión, siendo el primero para quien se abrieron aquellas puertas eternas que por el pecado estaban cerradas.

*Respuesta y doctrina de la Reina del cielo.*

**339.** Carísima hija mía, verdad es que la Divina justicia cerró a los mortales el Cielo por el primer pecado, hasta que mi Hijo Santísimo le abrió, satisfaciendo con su vida y muerte sobreabundantemente por los hombres. Y así fue conveniente y justo que el mismo Reparador, que como cabeza había unido a sí mismo los miembros redimidos y les abría el cielo, entrase en él primero que los demás hijos de Adán. Y si él no hubiera pecado, no fuera necesario guardar este orden para que los hombres subieran a gozar de la Divinidad en el Cielo empíreo; pero vista la caída del linaje humano, determinó la Beatísima Trinidad lo que ahora se ejecuta y cumple. Y este gran misterio fue el que encerró David en el salmo 23, cuando, hablando con los espíritus del cielo, dijo dos veces: *Abrid, príncipes, vuestras puertas, y levantaos, puertas eternas, y entrará el Rey de la gloria (Sal., 23, 7-9)*. Dijo a los Ángeles que eran puertas suyas porque sólo para ellos estaban abiertas, y para los hombres mortales estaban cerradas. Y aunque no ignoraban aquellos cortesanos del cielo que el Verbo Humanado les

había ya quitado los candados y cerraduras de la culpa, y que subía rico y glorioso con los despojos de la muerte y del pecado, estrenando el fruto de su pasión en la gloria de los Santos Padres del limbo que llevaba en su compañía; con eso se introducen los Santos Ángeles, como admirados y suspensos de esta maravillosa novedad, preguntando: *¿Quién es este Rey de la gloria (Sal., 23, 8)*, siendo hombre y de la naturaleza de aquel que perdió para sí y para todo su linaje el derecho de subir al cielo?

**340.** A la duda se responden ellos mismos, diciendo que *es el Señor fuerte y poderoso en la batalla y el Señor de las virtudes, Rey de la gloria (Ib.)*. Que fue como darse ya por entendidos de que aquel hombre que venía del mundo para abrir las puertas eternas, no era sólo hombre ni estaba comprendido en la ley del pecado, antes era hombre y Dios verdadero, que fuerte y poderoso en la batalla había vencido al fuerte armado (Lc., 11, 22) que reinaba en el mundo y le había despojado de su reino y de sus armas. Y era el *Señor de las virtudes*, porque las había obrado como Señor de ellas, con imperio y sin contradicción del pecado y sus efectos. Y como Señor de la virtud y Rey de la gloria, venía triunfante y distribuyendo virtudes y gloria a sus redimidos, por quien en cuanto hombre había padecido y muerto y en cuanto Dios los levantaba a la eternidad de la visión beatífica, habiendo rompido las eternas cerraduras e impedimentos que les había puesto el pecado.

**341.** Esto fue, alma, lo que hizo mi Hijo querido, Dios y hombre verdadero, y como Señor de las virtudes y gracias me levantó y adornó con ellas desde el primer instante de mi Inmaculada Concepción; y como no me tocó el óbice del primer pecado, no tuve el impedimento que los demás mortales para entrar por aquellas puertas eternas del Cielo; antes el brazo poderoso de mi Hijo

hizo conmigo como con Señora de las virtudes y Reina del Cielo. Y porque de mi carne y sangre había de vestirle y hacerle hombre, quiso su dignación de antemano prevenirme y hacerme su semejante en la pureza y exención de la culpa y en otros dones y privilegios divinos. Y como no fui esclava de la culpa, no obraba las virtudes como sujeta a ella, sino como señora, sin contradicción y con imperio; no como semejante a los hijos de Adán, pero como semejante al Hijo de Dios que también era Hijo mío.

**342.** Por esta razón los espíritus celestiales me abrieron las puertas eternas que ellos tenían por suyas, reconociendo que el Señor me había criado más pura que todos los supremos ángeles del cielo y para su Reina y Señora de todas las criaturas. Y advierte, carísima, que quien hizo la ley pudo sin contradicción dispensar de ella, como lo hizo conmigo el supremo Señor y Legislador, extendiendo la vara de su clemencia más que Asuero con Ester (Est., 4, 11), para que las leyes comunes de los otros, que miraban a la culpa, no se entendiesen conmigo que había de ser Madre del Autor de la gracia. Y aunque estos beneficios no los podía merecer yo, pura criatura, pero la clemencia y bondad Divina se inclinaron liberalmente y me miraron como humilde sierva, para que eternamente alabase al Autor de tales obras. Y tú, hija mía, quiero que le engrandezcas y bendigas también por ellas.

**343.** La doctrina que ahora te doy, sea que, pues yo con liberal piedad te elegí por mi discípula y compañera, siendo tú pobre y desvalida, trabajes con todas tus fuerzas en imitarme en un ejercicio que hice toda mi vida después que nací al mundo, sin omitirle día ninguno, por más cuidados y trabajos que tuviese. El ejercicio fue que cada día en amaneciendo me postraba en presencia del Altísimo, y le daba gracias y alababa por su ser

**inmutable y perfecciones infinitas, y porque me había criado de la nada; y reconociéndome criatura y hechura suya le bendecía y adoraba, dándole honor, magnificencia y divinidad, como a supremo Señor y Criador mío y de todo lo que tiene ser. Levantaba mi espíritu a ponerle en sus manos y con profunda humildad y resignación me ofrecía en ellas, y le pedía hiciese de mí a su voluntad en aquel día y en todos los que me restasen de mi vida y me enseñase lo que fuese de mayor agrado suyo para cumplirlo. Esto repetía muchas veces en las obras exteriores de aquel día, y en las interiores consultaba primero a Su Majestad, y le pedía consejo, licencia y bendición para todas mis acciones.**

**344.** De mi dulcísimo nombre serás muy devota. Y quiero que sepas que fueron tantas las prerrogativas y gracias que le concedió el Todopoderoso, que de conocerlas yo a la vista de la Divinidad quedé empeñada y cuidadosa para el retorno; de manera que siempre que me ocurría a la memoria "María", que era muchas veces, y las que me oía nombrar, me despertaba el afecto al agradecimiento y a emprender arduas empresas en servicio del Señor que me le dio. El mismo nombre tienes tú y respectivamente quiero que haga en ti los mismos efectos, y que me imites con puntualidad en la doctrina de este capítulo, sin faltar desde hoy por causa alguna que ocurriere; y si, como flaca, te descuidares, vuelve luego y en presencia del Señor y mía di tu culpa, reconociéndola con dolor. Con este cuidado, y repitiendo muchos actos en este santo ejercicio, excusarás imperfecciones y te irás acostumbrando a lo más alto de las virtudes y del beneplácito del Altísimo, que no te negará su Divina gracia para que lo hagas tú, si atendieres a su luz y al objeto más agradable y más deseado de tus afectos y de los míos, que son te entregues toda a oír, atender y obedecer a tu Esposo y



**Señor, que quiere en ti lo más puro, santo y perfecto, y la voluntad pronta y oficiosa para ejecutarlo.**

## **CAPITULO 22**

***Cómo Santa Ana cumplió en su parto con el mandato de la ley de Moisés, y cómo la niña María procedía en su infancia.***

**345.** Precepto era de la ley en el capítulo 12 del Levítico (Lev., 12, 5-6), que la mujer, si pariese hija, se tuviese por inmunda dos semanas y permaneciese en la purificación del parto sesenta y seis días, (doblando los días del parto de varón); y cumplidos todos los de su purificación, se le mandaba ofrecer un cordero de un año por las hijas o por los hijos en holocausto, y un palomino o tortolilla por el pecado, a la puerta del tabernáculo, entregándolo al sacerdote que lo ofreciese al Señor y rogase por ella y con esto quedase limpia. El parto de la dichosísima Ana fue tan puro y limpio cuanto le convenía a su divina hija, de donde le venía la pureza a la madre; y aunque por esta causa no tenía necesidad de otra purificación, con todo eso pagó la deuda a la ley cumpliéndola puntualmente, teniéndose en los ojos de los hombres por inmunda la madre que estaba libre de las pensiones que la ley mandaba purificar.

**346.** Pasados los sesenta días de la purificación, salió Santa Ana al templo, llevando su mente inflamada en el divino ardor y en sus brazos a su hija y niña bendita; y con la ofrenda de la ley, acompañada de innumerables Ángeles, se fue a la puerta del tabernáculo y habló con el Sumo Sacerdote, que era el Santo Simeón; que como estuvo mucho tiempo en el templo, recibió este beneficio y favor de que fuese en su presencia y en sus manos ofrecida la niña María todas las veces que en el templo fue presentada y ofrecida al Señor; aunque no en todas

estas ocasiones conoció el santo sacerdote la dignidad de esta divina Señora, como adelante diremos (Cf. infra n. 424, 713 y 745); pero tuvo siempre grandes movimientos e impulsos de su espíritu, que aquella Niña era grande en los ojos de Dios.

**347.** Ofrecióle Santa Ana el cordero y tórtola con lo demás que llevaba, y con humildes lágrimas le pidió orase por ella y por su hija, que, si tenían culpa, las perdonase el Señor. No tuvo que perdonar Su Majestad donde en hija y madre era la gracia tan copiosa, pero tuvo que premiar la humildad con que, siendo santísimas, se representaban pecadoras. El Santo Sacerdote recibió la oblación y en su espíritu fue inflamado y movido de un extraordinario júbilo y, sin entender otra cosa ni manifestar la que sentía, dijo dentro de sí mismo: ¿Qué es esta novedad que siento? ¿Si por ventura estas mujeres son parientas del Mesías que ha de venir? Y quedando con esta suspensión y alegría, les mostró grande benevolencia; y la Santa Madre Ana entró con su Hija Santísima en los brazos y la ofreció al Señor con devotísimas y tiernas lágrimas, como quien sola en el mundo conocía el tesoro que se le había dado en depósito.

**348.** Renovó entonces Santa Ana el voto que antes había hecho de ofrecer al templo a su primogénita, en llegando a la edad que convenía; y en esta renovación fue ilustrada con nueva gracia y luz del Altísimo; y sintió en su corazón una voz que le decía cumplierse el voto, llevase y ofreciese en el templo a su hija niña dentro de tres años. Y fue esta voz como el eco de la Santísima Reina, que con su oración tocó el pecho de Dios para que resonase en el de su madre; porque al entrar los dos en el templo, la dulce niña, viendo con sus ojos corporales su majestad y grandeza, dedicada al culto y adoración de la Divinidad, tuvo admirables efectos en su espíritu, y

quisiera postrarse en el templo y besando la tierra de él adorar al Señor. Pero lo que no pudo hacer con el efecto de las acciones exteriores, suplió con el afecto interior, y adoró y bendijo a Dios con el amor más alto y reverencia más profunda que antes ni después ninguna otra pura criatura lo pudo hacer; y hablando en su corazón con el Señor, hizo esta oración:

**349.** Altísimo e incomprendible Dios, Rey y Señor mío, digno de toda gloria, alabanza y reverencia; yo, humilde polvo, pero hechura Vuestra, os adoro en este lugar santo y templo vuestro, y os engrandezco y glorifico por Vuestro ser y perfecciones infinitas, y doy gracias cuanto mi poquedad alcanza a Vuestra dignación, porque me habéis dado que vean mis ojos este santo templo y casa de oración, donde vuestros profetas y mis antiguos padres os alabaron y bendijeron y donde vuestra liberal misericordia obró con ellos tan grandes maravillas y sacramentos. Recibidme, Señor, para que yo pueda servir en él cuando fuere Vuestra santa voluntad.

**350.** Hizo este humilde ofrecimiento como esclava del Señor la que era Reina de todo el universo; y en testimonio de que el Altísimo la aceptaba, vino del cielo una clarísima luz que sensiblemente bañó a la niña y a la madre, llenándolas de nuevos resplandores de gracia. Y volvió a entender Santa Ana que al tercer año presentase a su hija en el templo; porque el agrado que el Altísimo había de recibir de aquella ofrenda no consentía más largos plazos, ni tampoco el afecto con que la niña divina lo deseaba. Los Santos Ángeles de guarda, y otros innumerables que asistieron a este acto, cantaron dulcísimas alabanzas al autor de las maravillas; pero de todas las, que allí sucedieron, no tuvieron noticia más de la hija santísima y su madre Ana, que interior y exteriormente sintieron lo que era espiritual o sensible respectivamente; sólo el Santo Simeón reconoció algo de

la luz sensible. Y con esto se volvió Santa Ana a su casa enriquecida con su tesoro y nuevos dones del Altísimo Dios.

**351.** A la vista de todas estas obras estaba sedienta la antigua serpiente, ocultándole el Señor lo que no debía entender y permitiéndole lo que convenía, para que, contradiciendo a todo lo que él intentaba destruir, viniese a servir como de instrumento en la ejecución de los ocultos juicios del Muy Alto. Hacía este enemigo muchas conjeturas de las novedades que en madre e hija conocía; pero como vio que llevaban ofrenda al templo y como pecadoras guardaban lo que mandaba la ley, pidiendo al sacerdote que rogase por ellas para que fuesen perdonadas, con esto se alucinó y sosegó su furor, creyendo que aquella hija y madre estaban empadronadas con las demás mujeres y que todas eran de una condición, aunque más perfectas y santas que otras.

**352.** La niña soberana era tratada como los demás niños de su edad. Era su comida la común, aunque la cantidad muy poca, y lo mismo era del sueño, aunque la aplicaban para que durmiese; pero no era molesta, ni jamás lloró con el enojo de otros niños, mas era en extremo agradable y apacible; y disimulábase mucho esta maravilla con llorar y sollozar muchas veces —aunque como Reina y Señora, cual en aquella edad se permitía— por los pecados del mundo y por alcanzar el remedio de ellos y la venida del Redentor de los hombres. De ordinario tenía, aun en aquella infancia, el semblante alegre, pero severo y con peregrina majestad, sin admitir jamás acción pueril, aunque tal vez admitía algunas caricias; pero las que no eran de su madre, y por eso menos medidas, las moderaba en lo imperfecto con especial virtud y la severidad que mostraba. Su prudente madre Ana trataba a la niña con incomparable

cuidado, regalo y caricia; y también su padre Joaquín la amaba como padre y como Santo, aunque entonces ignoraba el misterio, y la niña se mostraba con su padre más amorosa, como quien le conocía por padre y tan amado de Dios. Y aunque admitía de él más caricias que de otros, pero en el padre y en los demás puso Dios desde luego tan extraordinaria reverencia y pudor para la que había elegido por Madre, que aun el candido afecto y amor de su padre era siempre muy templado y medido en las demostraciones sensibles.

**353.** En todo era la niña Reina agraciada, perfectísima y admirable; y si bien pasó por la infancia por las comunes leyes de la naturaleza, pero no impidieron a la gracia; y si dormía, no cesaba ni interrumpía las acciones interiores del amor y otras que no penden del sentido exterior. Y siendo posible este beneficio aun a otras almas con quien el poder Divino lo habrá mostrado, cierto es que con la que elegía por Madre suya y Reina de todo lo criado haría con ella sobre todo otro beneficio y sobre todo pensamiento de las demás criaturas. En el sueño natural habló Dios a Samuel (1 Sam., 3, 4) y otros santos y profetas, y a muchos dio sueños misteriosos (Gén., 37, 5. 9) o visiones; porque a su poder poco le importa para ilustrar el entendimiento que los sentidos exteriores duerman con el sueño natural, o que se suspendan con la fuerza que los arrebatara en el éxtasis, pues en uno y otro cesan, y sin ellos oye y atiende y habla el espíritu con sus objetos proporcionados. Esta fue ley perpetua con la Reina desde su concepción hasta ahora, y toda la eternidad; que no fue su estado de viadora en estas gracias con intervalos, como en otras criaturas. Cuando estaba sola o la recogía a dormir, como el sueño era tan medido, confería los misterios y alabanzas del Altísimo con sus Santos Ángeles y gozaba de divinas visiones y hablas de Su Majestad; y porque el trato de los Ángeles era tan frecuente, diré en el capítulo siguiente los modos

de manifestársele y algo de sus excelencias.

**354.** Reina y Señora del Cielo, si como piadosa Madre y mi Maestra oís mis ignorancias sin ofenderos de ellas, preguntaré a vuestra dignación algunas dudas que en este capítulo se me han ofrecido; y si mi ignorancia y osadía pasare a ser yerro, en lugar de responderme, corregidme, Señora, con vuestra maternal misericordia. Mi duda es: si en aquella infancia sentíades la necesidad y hambre que por orden natural sienten los otros niños, y siendo así que padecíades estas penalidades ¿cómo pediais el alimento y socorro necesario, siendo tan admirable vuestra paciencia, cuando a los otros niños el llanto sirve de lengua y de palabras? También ignoro si a Vuestra Majestad eran penosas las pensiones de aquella edad, como el envolveros en paños y desenvolver vuestro virginal cuerpo, el daros la comida de niños, y otras cosas que los demás reciben sin uso de razón para conocerlas, y a vos, Señora, nada se escondía. Porque me parece casi imposible que en el modo, en el tiempo, en la cantidad y en otras circunstancias no hubiese exceso o falta, considerándoos yo en la edad de niña y grande en la capacidad para dar a todo la ponderación que pedía. Vuestra prudencia celestial conservaba digna majestad y compostura, vuestra edad, naturaleza y sus leyes pedían lo necesario; no lo pediais como niña llorando, ni como grande hablando, ni sabían vuestro dictamen, ni os trataban según el estado de la razón que teníades, ni Vuestra Madre Santa lo conocía todo, ni todo lo podía hacer ni acertar, ignorando el tiempo y el modo; ni tampoco en todas las cosas pudiera ella servir a Vuestra Majestad. Todo esto me causa admiración, y me despierta el deseo de conocer los misterios que en estas cosas se encierran.

*Respuesta y doctrina de la Reina del cielo.*

**355.** Hija mía, a tu admiración respondo con benevolencia. Verdad es que tuve gracia y uso perfecto de razón desde el primer instante de mi concepción, como tantas veces te he mostrado, y pasé por las pensiones de la infancia como otros niños y me criaron con el orden común de todos. Sentí hambre, sed, sueño y penalidades en mi cuerpo, y como hija de Adán estuve sujeta a estos accidentes; porque era justo imitase yo a mi Hijo Santísimo, que admitió estos defectos y penas, para que así mereciese, y con Su Majestad fuese ejemplo a los demás mortales que le habían de imitar. Como la Divina gracia me gobernaba, usaba de la comida y sueño en peso y medida, recibiendo menos que otros y sólo aquello que era preciso para el aumento y conservación de la vida y salud; porque el desorden en estas cosas no sólo es contra la virtud, pero contra la misma naturaleza, que se altera y estraga con ellas. Por mi temperamento y medida, sentía más el hambre y sed que otros niños y era más peligrosa en mí esta falta de alimento; pero si no me le daban a tiempo, o si en ello excedían, tenía paciencia, hasta que oportunamente con alguna decente demostración lo pedía. Y sentía menos la falta de sueño, por la libertad que a solas me quedaba para la vista y conversación con los Ángeles de los misterios divinos.

**356.** El estar en paños oprimida y atada, no me causaba tanta pena, pero mucha alegría, por la luz que tenía de que el Verbo Humanado había de padecer muerte torpísima y había de ser ligado con oprobios. Y cuando estaba sola me ponía en forma de cruz en aquella edad, orando a imitación suya, porque sabía había de morir mi amado en ella, aunque ignoraba entonces que el crucificado había de ser mi Hijo. En todas las incomodidades que padecí después que nací al mundo estuve conforme y alegre, porque nunca se apartó de mi interior una consideración que quiero tengas tú

**inviolable y perpetua; esto es, que peses en tu corazón y mente las verdades rectísimas que yo miraba, para que sin engaño hagas juicio de todas las cosas, dando a cada una el valor y peso que se le debe. En este error y ceguedad están de ordinario comprendidos los hijos de Adán, y no quiero yo que tú, hija mía, lo estés.**

**357.** Luego que nací al mundo y vi la luz que me alumbraba, sentí los efectos de los elementos, los influjos de los planetas y astros, la tierra que me recibía, el alimento que me sustentaba y todas las otras causas de la vida. Di gracias al Autor de todo, reconociendo sus obras por beneficio que me hacía y no por deuda que me debía. Y por esto cuando me faltaba después alguna cosa de las que necesitaba, sin turbación, antes con alegría, confesaba que se hacía conmigo lo que era razón, porque todo se me daba de gracia sin merecerlo y sería justicia el privarme de ello. Pues dime, alma, si yo decía esto, confesando una verdad que la razón humana no puede ignorar ni negar, ¿dónde tienen los mortales el seso o qué juicio hacen, cuando faltándoles alguna cosa de las que mal desean, y acaso no les conviene, se entristecen y enfurecen unos contra otros, y aun se irritan con el mismo Dios, como si recibieran de él algún agravio? Pregúntense a sí mismos ¿qué tesoros, qué riquezas poseían antes que recibieran la vida? ¿qué servicios hicieron al Criador para que se las diese? Y si la nada no pudo granjear más que nada, ni merecer el ser que de nada le dieron, ¿qué obligación hay de sustentarle de justicia, lo que le dieron de gracia? El haberle criado Dios no fue beneficio que Su Majestad se hizo a sí mismo, sino antes fue tan grande para la criatura, cuanto es el ser y el fin que tiene; y si en el ser recibió la deuda que nunca puede pagar, diga ¿qué derecho alega ahora para que, habiéndole dado el ser sin merecerlo, le den la conservación después de haberla tantas veces desmerecido? ¿Dónde tiene la escritura de seguridad y



**abono para que nada le falte?**

**358.** Y si el primer movimiento y operación fue recibo y deuda con que más se empeñó, ¿cómo pide con impaciencia el segundo? Y si con todo esto la suma bondad del Criador le acude graciosamente con lo necesario, ¿por qué se turba cuando le falta lo superfluo? ¡Oh hija mía, qué desorden tan execrable y qué ceguedad tan odiosa es ésta de los mortales! Lo que les da el Señor de gracia, no agradecen ni pagan con reconocimiento, y por lo que les niega de justicia, y a veces de grande misericordia, se inquietan y ensoberbecen, y lo procuran por injustos e ilícitos medios, y se despeñan tras el mismo daño que huye de ellos. Por sólo el primer pecado que comete el hombre, perdiendo a Dios pierde juntamente la amistad de todas las criaturas; y si el mismo Señor no las detuviera, se convirtieran todas a vengar su injuria y negaran al hombre las operaciones y obsequio con que le dan sustento y vida: el cielo le privara de su luz e influencias, el fuego de su calor, el aire le negara la respiración y todas las otras cosas en su modo hicieran lo mismo, porque de justicia debían hacerlo. Pues cuando la tierra negare sus frutos, y los elementos su templanza y correspondencia, y las otras criaturas se armaren (Sab., 5, 18) para vengar los desacatos hechos contra el Criador, humíllese el hombre desagradecido y vil y no atesore la ira del Señor (Rom., 2, 5) para el día cierto de la cuenta, donde se le hará este cargo tan formidable.

**359.** Y tú, amiga mía, huye de tan pesada ingratitud, y reconoce humilde que de gracia recibiste el ser y vida y de gracia te la conserva el Autor de ella; y sin méritos tuyos recibes graciosamente todos los otros beneficios, y que recibiendo muchos y pagando menos, cada día te haces menos digna, y crece contigo la liberalidad del Altísimo y tu deuda. Esta consideración quiero que sea en

ti continua, para que te despierte y mueva a muchos actos de virtud. Y si te faltaren las criaturas irracionales, quiero te alegres en el Señor, y que des a Su Majestad gracias y a ellas bendiciones porque obedecen al Criador. Si las racionales te persiguieren, ámales de todo corazón y estímolas como instrumentos de la justicia Divina, para que en alguna parte se dé por satisfecha de lo que tú le debes. Y con los trabajos, adversidades y tribulaciones te abraza y consuela, que a más de merecerlos por las culpas que has cometido, son el adorno de tu alma y joyas de tu Esposo muy ricas.

**360.** Esta será la respuesta de tu duda; y sobre ella quiero darte la doctrina que te he ofrecido en todos los capítulos. Advierte, pues, alma, a la puntualidad que tuvo mi Santa Madre Ana en cumplir el precepto de la ley del Señor, a cuya grandeza este cuidado fue muy acepto; y tú debes imitarla en él, guardando inviolablemente todos y cada uno de los mandatos de tu regla y constituciones; que Dios remunera liberalmente esta fidelidad y de la negligencia en ella se da por deservido. Sin pecado fui yo concebida y no era necesario ir al sacerdote para que me purificase el Señor, ni tampoco mi madre le tenía, porque era muy santa, pero obedecimos con humildad a la ley y por ello merecimos grandes aumentos de virtudes y gracia. El despreciar las leyes justas y bien ordenadas y el dispensar a cada paso en ellas tiene perdido el culto y temor de Dios y confuso y destruido el gobierno humano. Guárdate de dispensar fácilmente ni para ti ni para otras en las obligaciones de tu religión. Y cuando la enfermedad o alguna causa justa lo permitiere, sea con medida y consejo de tu confesor, justificando el hecho con Dios y con los hombres, aprobándolo la obediencia. Si te hallares cansada o postradas las fuerzas, no luego remitas el rigor, que Dios te las dará según tu fe; y por ocupaciones nunca dispenses; sirva y aguarde lo que es menos a lo que es más y las criaturas al Criador; y por el

oficio de Prelada tendrás menos disculpa, pues en la observancia de las leyes debes ser la primera por el ejemplo; y para ti jamás ha de haber causa humana, aunque alguna dispenses con tus hermanas y subditas. Y advierte, carísima, que de ti quiero lo mejor y más perfecto y para esto es necesario este rigor, que la observancia de los preceptos es deuda a Dios y a los hombres. Y nadie piense que basta cumplir con el Señor, si se queda en pie la deuda con los prójimos, a quien debe el buen ejemplo y no darle materia de verdadero escándalo.—Reina y Señora de todo lo criado, yo quisiera alcanzar la pureza y virtud de los espíritus soberanos, para que esta parte inferior que agrava el alma (Sab., 9, 15) fuera presta en cumplir esta celestial doctrina; grave soy y pesada para mí misma (Job 7, 20), pero, con vuestra intercesión y el favor de la gracia del Altísimo, procuraré, Señora, obedecer a vuestra voluntad, y suya santísima con prontitud, y afecto del corazón; no me falte vuestra intercesión y amparo y la enseñanza de vuestra Santa y altísima doctrina.

## CAPITULO 23

*De las divisas con que los Santos Ángeles de guarda de María Santísima se le manifestaban, y de sus perfecciones.*

**361.** Ya queda dicho (Cf. supra n. 205) que estos Ángeles eran mil, como en las demás personas particulares es uno el que las guarda. Pero según la dignidad de María Santísima debemos entender que sus mil ángeles la guardaban y asistían con más vigilancia que cualquier Ángel guarda al alma encomendada. Y fuera de estos mil, que eran de la guarda ordinaria y más continua, la servían en diversas ocasiones otros muchos Ángeles, en especial después que concibió en sus entrañas al Verbo Divino Humanado. También he dicho arriba (Cf. supra n.

**114) cómo el nombramiento de estos mil Ángeles le hizo Dios en el principio de la creación de todos, justificación de los buenos y caída de los malos, cuando después del objeto de la Divinidad que se les propuso como a viadores, les fue propuesta y manifestada la Humanidad Santísima que había de tomar el Verbo, y su Madre Purísima, a quienes habían de reconocer por superiores.**

**362.** En esta ocasión, cuando los apóstatas fueron castigados y los obedientes premiados, guardando el Señor la debida proporción en su justísima equidad, dije (Cf. supra n. 106-107) que en el premio accidental hubo alguna diversidad entre los Santos Ángeles, según los afectos diferentes que tuvieron a los misterios del Verbo Humanado y de su Madre Purísima, que por su orden fueron conociendo antes y después de la caída de los malos ángeles. Y a este premio accidental se reduce haberlos elegido para asistir y servir a María Santísima y al Verbo Humanado, y el modo de manifestarse en la forma que tomaban cuando se aparecían visibles a la Reina y la servían. Esto es lo que pretendo declarar en este capítulo, confesando mi incapacidad, porque es dificultoso reducir a razones y términos de cosas materiales las perfecciones y operaciones de espíritus intelectuales y tan levantados. Pero si dejara en silencio este punto, omitía en la Historia una grande parte de las más excelentes ocupaciones de la Reina del cielo cuando fue viadora; porque después de las obras que ejercía con el Señor, el más continuo trato era con sus ministros los espíritus angélicos; y sin esta ilustre parte quedara defectuoso el discurso de esta santísima Vida.

**363.** Suponiendo todo lo que hasta ahora he dicho de los órdenes, jerarquías y diferencias de estos mil ángeles, diré aquí la forma en que corporalmente se le aparecían a su Reina y Señora, remitiendo las apariciones intelectuales e imaginarias para otros

catítulos (Cf. infra n. 615-659), donde de intento diré los modos de visiones que tenía Su Alteza. Los novecientos Ángeles que fueron electos de los nueve coros, ciento de cada uno, fueron entresacados de aquellos que se inclinaron más a la estimación y amor y admirable reverencia de María Santísima. Y cuando se le aparecían visibles, tenían forma de un mancebo de poca edad, pero de extremada hermosura y agrado. El cuerpo manifestaba poco de terreno; porque era purísimo y como un cristal animado y bañado de gloria, con que remedaban a los cuerpos gloriosos y refulgentes; con la belleza juntaban extremada gravedad, compostura y amable severidad. El vestido era rozagante, pero como si fuera todo resplandor, semejante a un lucidísimo y brillante oro esmaltado o entrepuesto con matices de finísimos colores, con que hacían una admirable y hermosísima variedad para la vista; si bien parecía que todo aquel ornato y forma visible no era proporcionada al tacto material ni se pudiera asir con la mano, aunque se dejaba ver y percibir como el resplandor del sol, que manifestando los átomos entra por una ventana, siendo incomparablemente más vistoso y hermoso el de estos ángeles.

**364.** Junto con esto traían todos en las cabezas unas coronas de vivísimas y finísimas flores, que despedían suavísima fragancia de olores no terrenos, sino espiritualizados y suaves. En las manos tenían unas palmas tejidas de variedad y hermosura, significando las virtudes y coronas que María Santísima había de obrar y conseguir en tanta santidad y gloria; todo lo cual estaban como ofreciéndoselo de antemano disimuladamente, aunque con efectos de júbilo y alegría. En el pecho traían cierta divisa y señal, que la entenderemos al modo de las divisas o hábitos de las órdenes militares; pero tenían una cifra que decía: María Madre de Dios; y era para aquellos Santos Príncipes

de mucha gloria, adorno y hermosura; pero a la Reina María no le fue manifestada hasta el punto que concibió el Verbo Humanado.

**365.** Esta divisa y cifra era admirable para la vista, por el extremado resplandor que despedía, señalándose entre el refulgente adorno de los Ángeles; variaban también los visos y brillantes, significando por ellos la diferencia de misterios y excelencias que se encerraban en esta Ciudad Santa de Dios. Contenía el más soberano renombre y más supremo título y dignidad que pudo haber en pura criatura, María Madre de Dios; porque con él honraban más a su Reina y nuestra, y ellos también quedaban honrados, como señalados por suyos, y premiados, como quien más se aventajó en la devoción y veneración que tuvieron a la que fue digna de ser venerada de todas las criaturas. Dichosas mil veces las que merecieron el singular retorno del amor de María y de su Hijo Santísimo.

**366.** Los efectos que hacían estos Santos Príncipes y su ornato en María Señora nuestra, nadie podría fuera de ella misma explicarlos. Manifestábanle misteriosamente la grandeza de Dios y sus atributos, los beneficios que había hecho y hacía con ella en haberla criado y elegido, enriquecido y prosperado con tantos dones del cielo y tesoros de la Divina diestra, con que la movían e inflamaban en grandes incendios del Divino amor y alabanza; y todo iba creciendo con la edad y sucesos y, en obrándose la encarnación del Verbo, se desplegaron mucho más; porque le explicaron la misteriosa cifra del pecho hasta entonces oculta para Su Alteza. Y con esta declaración, y en lo que en aquella dulcísima cifra se le dio a entender de su dignidad y obligación a Dios, no se puede dignamente encarecer qué fuego de amor y qué humildad tan profunda, qué afectos tan tiernos se despertaban en aquel candido corazón de María

**Santísima, reconociéndose desigual y no digna de tan inefable sacramento y dignidad de Madre de Dios.**

**367.** Los setenta serafines de los más allegados al trono que asistían a la Reina, fueron de los que más se adelantaron en la devoción y admiración de la unión Hipostática de las dos naturalezas Divina y humana en la Persona del Verbo; porque como más allegados a Dios por la noticia y afecto, desearon señaladamente que se obrase este misterio en las entrañas de una mujer; y a este particular y señalado afecto le correspondió el premio de gloria esencial y accidental. Y a esta última, de que voy hablando, pertenece el asistir a María Santísima y a los misterios que en ella se obraron.

**368.** Cuando estos setenta serafines se le manifestaban visibles, los veía la Reina en la misma forma que imaginariamente los vio Isaías, con seis alas; con las dos cubrían la cabeza, significando con esta acción humilde la oscuridad de sus entendimientos para alcanzar el misterio y sacramento a que servían; y que, postrados ante la majestad y grandeza de su Autor, los creían y entendían con el velo de la oculta noticia que se les daba, y por ella engrandecían con alabanza eterna los incomprensibles y santos juicios del Altísimo. Con otras dos alas cubrían los pies, que son la parte inferior que toca en la tierra; y por esto significan a la misma Reina y Señora del Cielo, pero de naturaleza humana y terrena; y cubríanla en señal de veneración y que la tenían como a suprema criatura sobre todas y de su incomprensible dignidad y grandeza inmediata al mismo Dios y sobre todo entendimiento y juicio criado; que por esto también encubrían los pies, significando que tan levantados serafines no podían dar paso en comparación de los de María, y de su dignidad y excelencia.

**369.** Con las dos alas del pecho volaban o las extendían, dando a entender también dos cosas: la una, el incesante movimiento y vuelo del amor de Dios, de su alabanza y profunda reverencia que le daban; la otra era que descubrían a María Santísima lo interior del pecho, donde en el ser y obrar, como en espejo purísimo, reverberaban los rayos de la Divinidad, mientras que siendo viadora no era posible ni conveniente que se le manifestase tan continuamente en sí misma. Y por esto ordenó la Beatísima Trinidad que su Hija y Esposa tuviese a los serafines, que son las criaturas más inmediatas y cercanas a la Divinidad, para que como en imagen viva viese copiado esta gran Señora lo que no podía ver siempre en su original.

**370.** Por este modo gozaba la divina Esposa del retrato de su amado en la ausencia de viadora, enardecida toda con la llama de su santo amor con la vista y conferencias que tenía de estos inflamados y supremos príncipes. Y el modo de comunicar con ellos, a más de lo sensible, era el mismo que ellos guardan entre sí mismos, ilustrando los superiores a los inferiores en su orden, como otras veces he dicho (Cf. supra n. 203); porque si bien la Reina del Cielo era superior y mayor que todos en la dignidad y gracia, pero en la naturaleza, como dice David (Sal., 8, 6), *él hombre fue hecho menor que los Ángeles*; y el orden común de iluminar y recibir estas influencias divinas sigue a la naturaleza y no a la gracia.

**371.** Los otros doce Ángeles, que son los de las doce puertas de que san Juan habló en el capítulo 21 (Ap., 21, 12) del Apocalipsis, como arriba dije (Cf. supra n. 273), se adelantaron en el afecto y alabanza de ver que Dios se humanase a ser maestro y conversar con los hombres, y después a redimirlos y abrirles las puertas del cielo con sus merecimientos, siendo coadjutora de este admirable sacramento su Madre Santísima. Atendieron



señaladamente estos Santos Ángeles a tan maravillosas obras, y a los caminos que Dios había de enseñar para que los hombres fuesen a la vida eterna, significados en las doce puertas, que corresponden a los doce tribus. El retorno de esta singular devoción fue señalar Dios a estos Santos Ángeles por testigos y como secretarios de los misterios de la Redención, y que cooperasen con la misma Reina del Cielo en el privilegio de ser Madre de Misericordia y Medianera de los que a ella acudieron a buscar su salvación. Y por esto dije arriba (Cf. supra n. 273-274) que Su Majestad, de la Reina, se sirve de estos doce Ángeles señaladamente, para que amparen, ilustren y defiendan a sus devotos en sus necesidades, y en especial para salir de pecado, cuando ellos y María Santísima son invocados.

**372.** Estos doce ángeles se le aparecían corporalmente, como los que dije primero, salvo que llevaban muchas coronas y palmas, como reservadas para los devotos de esta Señora. Servíanla, dándole singularmente a conocer la inefable piedad del Señor con el linaje humano, moviéndola para que ella le alabase y pidiese la ejecutase con los hombres. Y en cumplimiento de esto los enviaba Su Alteza con estas peticiones al trono del Eterno Padre; y también a que inspirasen y socorriesen a los devotos que la invocaban, o ella quería remediar y patrocinar, como después sucedió muchas veces con los Santos Apóstoles, a quienes por ministerio de los Ángeles favorecía en los trabajos de la primitiva Iglesia; y hasta hoy desde el cielo ejercen estos doce Ángeles el mismo oficio, asistiendo a los devotos de su Reina y nuestra.

**373.** Los diez y ocho Ángeles restantes para el número de mil, fueron de los que se señalaron en el afecto a los trabajos del Verbo Humanado; y por esto fue grande su premio de gloria. Estos Ángeles se aparecían a María Santísima con admirable hermosura; llevaban por

adorno muchas divisas de la Pasión y otros misterios de la Redención; especialmente tenían una Cruz en el pecho y otra en el brazo, ambas de singular hermosura y refulgente resplandor. Y la vista de tan peregrino hábito despertaba a la Reina a grande admiración y más tierna memoria y afectos compasivos de lo que había de padecer el Redentor del mundo, y a fervorosas gracias y agradecimientos de los beneficios que los hombres recibieron con los misterios de la redención y rescate de su cautiverio. Servíase la gran Princesa de estos Ángeles para enviarlos muchas veces a su Hijo Santísimo con embajadas diversas y peticiones para el bien de las almas.

**374.** Debajo de estas formas y divisas he declarado algo de las perfecciones y operaciones de estos espíritus celestiales, pero muy limitadamente para lo que en sí contienen; porque son unos invisibles rayos de la divinidad, prestísimos en sus movimientos y operaciones, poderosísimos en su virtud, perfectísimos en su entender sin engaño, inmutables en la condición y voluntad; lo que una vez aprenden, nunca lo olvidan ni pierden de vista. Están ya llenos de gracia y gloria sin peligro de perderla; y porque son incorpóreos e invisibles, cuando el Altísimo quiere hacer beneficio a los hombres de que los vean, toman cuerpo aéreo y aparente y proporcionado al sentido y al fin para que lo toman. Todos estos mil Ángeles de la Reina María eran de los superiores de sus órdenes y coros adonde pertenecen; y esta superioridad es principalmente en gracia y gloria. Asistieron a la guarda de esta Señora, sin faltar un punto en su vida santísima; y ahora en el cielo tienen especial y accidental gozo de su vista y compañía. Y aunque algunos de ellos señaladamente son enviados por su voluntad, pero todos mil sirven también para este ministerio en algunas ocasiones, según la disposición divina.

*Doctrina que me dio la Reina del cielo.*

**375.** Hija mía, en tres documentos te quiero dar la doctrina de este capítulo. El primero, que seas agradecida con eterna alabanza y reconocimiento al beneficio que Dios te ha hecho en darte Ángeles que te asistan, enseñen y encaminen en tus tribulaciones y trabajos. Este beneficio tienen de ordinario olvidado los mortales con odiosa ingratitud y pesada grosería, sin advertir en la Divina misericordia y dignación de haber mandado el Altísimo a estos Santos Príncipes que asistan, guarden y defiendan a otras criaturas terrenas y llenas de miserias y culpas, siendo ellos de naturaleza tan superior y espiritual y llenos de tanta gloria, dignidad y hermosura; y por este olvido se privan los hombres ingratos de muchos favores de los mismos Ángeles y tienen indignado al Señor; pero tú, carísima, reconoce tu beneficio y dale el retorno con todas tus fuerzas.

**376.** El segundo documento sea, que siempre y en todo lugar tengas amor y reverencia a estos espíritus divinos, como si con los ojos del cuerpo los vieras, para que con esto vivas advertida y circunspecta, como quien tiene presentes los cortesanos del cielo, y no te atrevas a hacer en presencia suya lo que en público no hicieras, ni dejes de obrar en el servicio del Señor lo que ellos hacen y de ti quieren. Y advierte que siempre están mirando la cara de Dios (Mt., 18, 10), como bienaventurados, y cuando juntamente te miran a ti, no es razón que vean alguna cosa indecente; agrádeceles lo que te guardan, defienden y amparan.

**377.** Sea el tercero documento, que vivas atenta a los llamamientos, avisos e inspiraciones con que te despiertan, mueven y te ilustran para encaminar tu mente y corazón con la memoria del Altísimo y en el ejercicio de todas las virtudes. Considera cuántas veces

los llamas y te responden; los buscas y los hallas; cuántas veces les has pedido señas de tu amado y te las han dado; y cuántas ellos te han solicitado al amor de tu Esposo, han reprendido benignamente tus descuidos y remisiones; y cuando por tus tentaciones y flaquezas has perdido el norte de la luz, ellos te han esperado, sufrido y desengañado, volviéndote al camino derecho de las justificaciones del Señor y de sus testimonios. No olvides, alma, lo mucho que en este beneficio de los Ángeles debes a Dios sobre muchas naciones y generaciones; trabaja por ser agradecida a tu Señor y a sus Ángeles sus ministros.

## CAPITULO 24

*De los ejercicios y ocupaciones santas de la Reina del Cielo en el año y medio primero de su infancia.*

**378.** El silencio forzoso en los años primeros de los otros niños y ser torpes y balbucientes, porque no saben ni pueden hablar, esto fue virtud heroica en nuestra niña Reina; porque, si las palabras son parto del entendimiento y como índices del discurso y le tuvo Su Alteza perfectísimo desde su concepción, no dejó de hablar desde luego que nació porque no podía, sino porque no quería. Y aunque a los otros niños les faltan las fuerzas naturales para abrir la boca, mover la tierna lengua y pronunciar las palabras, pero en María niña no hubo este defecto; así porque en la naturaleza estaba más robusta, como porque al imperio y dominio que tenía sobre todas las cosas obedecieran sus potencias propias, si ella lo mandara. Pero el no hablar fue virtud y perfección grande, ocultando debidamente la ciencia y la gracia, y excusando la admiración de ver hablar a una recién nacida. Y si fuera admiración que hablara quien naturalmente había de estar impedida para hacerlo, no sé si fue más admirable que callase año y medio la que

pudo hablar en naciendo.

**379.** Orden fue del Altísimo que nuestra niña y Señora guardase este silencio por el tiempo que ordinariamente los otros niños no pueden hablar. Sólo para con los Santos Ángeles de su guarda se dispensó en esta ley, o cuando vocalmente oraba al Señor a solas; que para hablar con el mismo Dios, autor de aquel beneficio, y con los Ángeles legados suyos, cuando corporalmente trataban a la niña, no intervenía la misma razón de callar que con los hombres, antes convenía que orase con la boca, pues no tenía impedimento en aquella potencia y sin él no había de estar ociosa tanto tiempo. Pero su madre Santa Ana nunca la oyó, ni conoció que podía hablar en aquella edad; y con esto se entiende mejor cómo fue virtud el no hacerlo en aquel año y medio de su primera infancia. Mas en este tiempo, cuando a su madre le pareció oportuno, soltó las manos y los brazos a la niña María, y ella cogió luego las suyas a sus padres y se las besó con gran sumisión y humildad reverencial; y en esta costumbre perseveró mientras vivieron sus santos padres. Y con algunas demostraciones daba señal en aquella edad para que la bendijesen, hablándoles más al corazón para que lo hicieran que quererlo pedir con la boca. Tanta fue la reverencia en que los tenía, que jamás faltó un punto en ella, ni en obedecerlos; ni les dio molestia ni pena alguna, porque conocía sus pensamientos y prevenía la obediencia.

**380.** En todas sus acciones y movimientos era gobernada por el Espíritu Santo, con que siempre obraba lo perfectísimo, pero ejecutándolo no se satisfacía su ardentísimo amor, que de continuo renovaba sus afectos fervorosos para emular mejores carismas (1 Cor., 12, 31). Las revelaciones Divinas y visiones intelectuales eran en esta niña Reina muy continuas, asistiéndola siempre el Altísimo; y cuando alguna vez suspendía su

providencia un modo de visiones o intelecciones, atendía a otras; porque de la visión clara de la Divinidad —que dije arriba (Cf. supra n. 333) había tenido luego que nació y fue llevada al cielo por los Ángeles— le quedaron especies de lo que conoció; y desde entonces, como salió de la bodega del vino ordenada la caridad (Cant., 2, 4), quedó tan herido su corazón, que convirtiéndose a esta contemplación era toda enardecida; y como el cuerpo era tierno y flaco, y el amor fuerte como la muerte (Cant., 8, 6), llegaba a padecer suma dolencia de amor, de que enferma muriera, si el Altísimo no fortaleciera y conservara con milagrosa virtud la parte inferior y vida natural. Pero muchas veces daba lugar el Señor para que aquel tierno y virginal cuerpecito llegase a desfallecer mucho con la violencia del amor, y que los Santos Ángeles la sustentasen y confortasen, cumpliéndose aquello de la Esposa: *Fulcite me floribus, quia amore languo* (Cant., 2, 5); «socorredme con flores, que estoy enferma de amor». Y este fue un nobilísimo género de martirio millares de veces repetido en esta divina Señora, con que excedió a todos los mártires en el merecimiento y aun en el dolor.

**381.** Es la pena del amor tan dulce y apetecible, que cuanto mayor causa tiene tanto más desea, quien la padece, que le hablen de quien ama, pretendiendo curar la herida con renovarla. Y este suavísimo engaño entretiene al alma entre una penosa vida y una dulce muerte. Esto le sucedía a la niña María con sus Ángeles, que ella les hablaba de su amado y ellos le respondían. Preguntábales ella muchas veces, y les decía: Ministros de mi Señor y mensajeros suyos, hermosísimas obras de sus manos, centellas de aquel divino fuego que enciende mi corazón, pues gozáis de su hermosura eterna sin velo ni rebozo, decidme las señas de mi amado ¿qué condiciones tiene mi querido? Avisadme si acaso le tengo disgustado, sabedme lo que desea y quiere de mí y no

tardéis en aliviar mi pena, que desfallezco de amor.

**382.** Respondíanla los espíritus soberanos: Esposa del Altísimo, vuestro amado es solo el que sólo por sí es, el que de nadie necesita, y todos de Él. Es infinito en perfecciones, inmenso en la grandeza, sin límite en el poder, sin término en la sabiduría, sin modo en la bondad; el que dio principio a todo lo criado sin tenerlo, el que lo gobierna sin cansancio, el que lo conserva sin haberlo menester; el que viste de hermosura a todo lo criado, y que la suya nadie la puede comprender, y hace con ella bienaventurados a los que llegan a verla cara a cara. Infinitas son, Señora, las perfecciones de vuestro Esposo, exceden a nuestro entendimiento y sus altos juicios son para la criatura investigables.

**383.** En estos coloquios y otros muchos, que no alcanza toda nuestra capacidad, pasaba la niñez María Santísima con sus Ángeles y con el Altísimo, en quien estaba transformada. Y como era consiguiente crecer en el fervor y ansias de ver al sumo bien, que sobre todo pensamiento amaba, muchas veces por voluntad del Señor y por manos de sus Ángeles era llevada corporalmente al cielo empíreo, donde gozaba de la presencia de la Divinidad; aunque algunas veces, de estas que era levantada al Cielo, la veía claramente, y otras sólo por especies infusas, pero altísimas y clarísimas en este género de visión. Conocía también a los Ángeles clara e intuitivamente, sus grados, órdenes y jerarquías, y otros grandes sacramentos entendía en este beneficio. Y como fue muchas veces repetido, con el uso de él y los actos que ejercía, vino a adquirir un hábito tan intenso y robusto de amor, que parecía más divina que humana criatura; y ninguna otra pudiera ser capaz de este beneficio, y otros que con proporción le acompañaban, ni tampoco la naturaleza mortal de la misma Reina los pudiera recibir sin morir, si por milagro

no fuera conservada.

**384.** Cuando era necesario en aquella niñez recibir algún obsequio y beneficio de sus santos padres, o cualquiera otra criatura, siempre lo admitía con interna humillación y agradecimiento y pedía al Señor les premiase aquel bien que le hacían por su amor. Y con estar en tan alto grado de santidad y llena de la divina luz del Señor y sus misterios, se juzgaba por la menor de las criaturas y en su comparación con la propia estimación se ponía en el último lugar de todas; y aun del mismo alimento para la vida natural se reputaba indigna la que era Reina y Señora de todo lo criado.

*Doctrina de la Reina del cielo.*

**385.** Hija mía, el que recibe más, se debe reputar por el más pobre, porque su deuda es mayor; y si todos deben humillarse, porque de sí mismos nada son, ni pueden, ni poseen, por esta misma razón se ha de pegar más con la tierra aquel que siendo polvo le ha levantado la mano poderosa del Altísimo; pues quedándose por sí y en sí mismo, sin ser ni valer nada, se halla más adeudado y obligado a lo que por sí no puede satisfacer. Conozca la criatura lo que de sí es; pues nadie podrá decir, yo me hice a mí mismo, ni yo me sustenté, ni yo puedo alargar mi vida, ni detener la muerte. Todo el ser y conservación depende de la mano del Señor; humíllese la criatura en su presencia, y tú, carísima, no olvides este documento.

**386.** También quiero apreciar como gran tesoro la virtud del silencio, que yo comencé a guardar desde mi nacimiento; porque conocí en el Señor todas las virtudes con la luz que recibí de su mano poderosa, y me aficioné a ésta con mucho afecto, proponiendo tenerla por compañera y amiga toda mi vida; y así lo guardé con inviolable recato, aunque pude hablar luego que salí al



**mundo. El hablar sin medida y peso es un cuchillo de dos filos que hiere al que habla y juntamente al que oye, y entrambos destruyen la caridad, o la impiden con todas las virtudes. Y de esto entenderás cuánto se ofende Dios con el vicio de la lengua desconcertada y suelta, y con qué justicia aparta su espíritu y esconde su cara de la locuacidad, bullicio y conversaciones, donde hablándose mucho no se pueden excusar graves pecados (Prov., 10, 19). Sólo con Dios y sus Santos se puede hablar con seguridad, y aun eso ha de ser con peso y discreción; pero con las criaturas es muy difícil conservar el medio perfecto, sin pasar de lo justo y necesario a lo injusto y superfluo.**

**387.** El remedio que te preservará de este peligro es quedar siempre más cerca del extremo contrario, excediendo en callar y enmudeciendo; porque el medio prudente de hablar lo necesario se halla más cerca de callar mucho que de hablar demasiado. Advierte, alma, que sin dejar a Dios en tu interior y secreto, no puedes irte tras de las conversaciones voluntarias de criaturas; y lo que sin vergüenza y nota de grosería no hicieras con otra criatura, no debes hacerlo con el Señor tuyo y de todos. Aparta los oídos de las engañosas fabulaciones, que te pueden obligar a que hables lo que no debes; pues no es justo que hables más de lo que te manda tu Dueño y Señor. Oye a su Ley Santa, que con mano liberal ha escrito en tu corazón; escucha en él la voz de tu Pastor y respóndele allí, y sólo a él. Y quiero dejarte advertida que, si has de ser mi discípula y compañera, ha de ser señalándote por extremo en esta virtud del silencio. Calla mucho, y escribe este documento en tu corazón ahora, y aficionate más y más a esta virtud, que primero quiero de ti este afecto, y después te enseñaré cómo debes hablar; pero no te impido para que dejes de hablar, amonestando y consolando, a tus hijas y subditas.

**388.** Habla también con los que te puedan dar señas de

tu amado y te despierten y enciendan en su amor; y en estas pláticas adquirirás el deseado silencio provechoso para tu alma; pues de aquí te nacerá el horror y hastío de las conversaciones humanas y sólo gustarás de hablar del bien eterno que deseas; y con la fuerza del amor, que transformará tu ser en el amado, desfallecerá el ímpetu de las pasiones y llegarás a sentir algo de aquel martirio dulce que yo padecía cuando me querellaba del cuerpo y de la vida; porque me parecían duras prisiones que detenían mi vuelo, aunque no mi amor. Oh, hija mía, olvídate de todo lo terreno en el secreto de tu silencio y sigúeme con todo tu fervor y fuerzas, para que llegues al estado que tu Esposo te convida, donde oigas aquella consolación que a mí me entretenía en mi dolor de amor: Paloma mía, dilata tu corazón, y admite, querida mía, esta dulce pena, que de tu afecto está mi corazón herido. Esto me decía el Señor, y tú lo has oído repetidas veces, porque al solo y silencioso habla Su Majestad.

## CAPITULO 25

*Cómo al año y medio comenzó a hablar la niña María Santísima, y sus ocupaciones hasta que fue al templo.*

**389.** Llegó el tiempo en que el silencio santo de María Purísima oportuna y perfectamente se rompiese y se oyese en nuestra tierra la voz de aquella tórtola divina (Cant., 2, 12), que fuese embajadora fidelísima del verano de la gracia. Pero antes de tener licencia del Señor para comenzar a hablar con los hombres, que fue a los diez y ocho meses de su tierna infancia, tuvo una intelectual visión de la Divinidad, no intuitiva sino por especies, renovándole las que otras veces había recibido y aumentándole los dones de las gracias y beneficios. Y en esta Divina visión pasó entre la niña y el supremo

Señor un dulcísimo coloquio que con temor me atrevo a reducir a palabras.

**390.** Dijo la Reina a Su Majestad: Altísimo Señor y Dios incomprensible, ¿cómo a la más inútil y pobre criatura favorecéis tanto? ¿Cómo a vuestra esclava, insuficiente para el retorno, inclináis vuestra grandeza con tan amable dignación? ¿El Altísimo mira a la sierva? ¿El Poderoso enriquece a la pobre? ¿El Santo de los Santos se inclina al polvo? Yo, Señor, soy párvula entre todas las criaturas, soy la que menos merece vuestros favores, ¿qué haré en vuestra Divina presencia? ¿Con qué daré la retribución de lo que os debo? ¿Qué tengo yo, Señor, que no sea vuestro si vos me dais el ser, la vida y movimiento? Pero gozaréme, amado mío, de que vos tengáis todo lo bueno, y que nada tenga la criatura fuera de vos mismo, y que sea condición y gloria vuestra levantar al que es menos, favorecer al más inútil y dar ser a quien no le tiene, para que así sea vuestra magnificencia más conocida y engrandecida.

**391.** El Señor la respondió y dijo: Paloma y querida mía, en mis ojos hallaste gracia; suave eres, amiga y electa mía, en mis delicias. Quiérote manifestar lo que en ti será de mi mayor agrado y beneplácito.—Estas razones del Señor herían de nuevo y desfallecían con la fuerza del amor el corazón tiernísimo, pero muy robusto, de la niña Reina; y el Altísimo agradaado prosiguió y dijo: Yo soy Dios de misericordias, y con inmenso amor amo a los mortales, y entre tantos que con sus culpas me han desobligado, tengo algunos justos y amigos que de corazón me han servido y sirven. He determinado remediarlos, enviándoles a mi Unigénito para que no carezcan más de mi gloria, ni yo de su alabanza eterna.

**392.** A esta proposición respondió la santísima niña María: Altísimo Señor y Rey poderoso, vuestras son las

**criaturas y vuestra es la potencia; sólo vos sois el Santo y el supremo Gobernador de todo lo criado; obligaos, Señor, de vuestra misma bondad para acelerar el paso de vuestro Unigénito en la Redención de los hijos de Adán; llegue ya el deseado día de mis antiguos padres y vean los mortales vuestra salud eterna. ¿Por qué, amado Dueño mío, pues sois piadoso Padre de las misericordias, dilatáis tanto la que tanto esperan vuestros hijos cautivos y afligidos? Si puede mi vida ser de algún servicio, yo os la ofrezco pronta para ponerla por ellos.**

**393.** Mandóla el Altísimo con grande benevolencia, que desde entonces todos los días muchas veces le pidiese la aceleración de la Encarnación del Verbo Eterno y el remedio de todo el linaje humano, y que llorase los pecados de los hombres, que impedían su misma salud y reparación. Y luego la declaró que ya era tiempo de ejercitar todos los sentidos, y que para mayor gloria suya convenía que hablase con las criaturas humanas. Y para cumplir con esta obediencia, dijo la niña a Su Majestad:

**394.** Altísimo Señor de majestad incomprensible, ¿cómo se atreverá el polvo a tratar misterios tan escondidos y soberanos, y en vuestro pecho de tan estimable precio, la que es menor entre los nacidos? ¿Cómo os obligará por ellos y qué puede alcanzar la criatura que en nada os ha servido? Pero vos, amado mío, os daréis por obligado de la misma necesidad, y la enferma buscará la salud, la sedienta deseará las fuentes de vuestra misericordia y obedecerá a vuestra Divina voluntad. Y si ordenáis. Señor mío, que yo desate mis labios para tratar y hablar con otros fuera de vos mismo, que sois todo mi bien y mi deseo, atended, os suplico, a mi fragilidad y peligro; muy dificultoso es para la criatura racional no exceder en las palabras; yo callara por esto toda la vida, si fuera de vuestro beneplácito, por no aventurar el

perderos; que si lo hiciese, imposible sería vivir un solo punto.

**395.** Esta fue la respuesta de la niña santísima María, temerosa del nuevo y peligroso ministerio de hablar que la mandaban; y cuanto era de su voluntad propia, si lo consintiera Dios, tenía deseo de guardar inviolable silencio y enmudecer toda su vida. ¡Gran confusión y ejemplo para la insipiencia de los mortales, que temiese el peligro de la lengua la que no podía pecar hablando; y los que no podemos hablar si no es pecando, morimos y nos deshacemos por hacerlo! Pero, dulcísima niña y Reina de todo lo criado, ¿cómo queréis dejar de hablar? ¿No atendéis, Señora mía, que vuestra mudez fuera ruina del mundo, tristeza para el Cielo y aun, a nuestro corto entender, fuera gran vacío para la misma Beatísima Trinidad? ¿No sabéis que en sola una razón que habéis de responder al Arcángel Santo, *Fiat mihi* (Lc., 1, 38) *etc.*, daréis aquel lleno a todo lo que tiene ser? Al Eterno Padre, Hija; al Hijo Eterno, Madre; al Espíritu Santo, Esposa; reparo a los Ángeles, remedio a los hombres, gloria a los cielos, paz a la tierra, abogada al mundo, salud a los enfermos, vida a los muertos; y cumpliréis la voluntad y beneplácito de todo lo que el mismo Dios puede querer fuera de sí mismo. Pues si de sola vuestra palabra pende la mayor obra del poder inmenso y todo el bien de lo criado, ¿cómo, Señora y Maestra mía, quiere callar quien ha de hablar tan bien? Hablad, pues, niña, y vuestra voz se oiga en todo el ámbito del Cielo.

**396.** Del prudentísimo recato de su Esposa se agradó el Altísimo y fue su corazón herido de nuevo con el amoroso temor de nuestra niña grande. Y como pagada la Beatísima Trinidad de su dilecta, y como confiriendo entre sí la petición, dijeron aquellas palabras de los Cantares (Cant., 8, 8-9): *Pequeña es nuestra hermana y no tiene pechos, ¿qué haremos para nuestra hermana en*

*el día que ha de hablar? Si es muro, edifiquemos en ella torreonos de plata.* Pequeña eres, querida hermana nuestra, en tus ojos, pero grande eres y lo serás en los nuestros. En ese desprecio con uno de tus cabellos has herido nuestro corazón (Cant., 4, 9). Párvula eres en tu propio juicio y estimación, y eso mismo nos aficiona y enamora. No tienes pechos para alimentar con tus palabras, pero tampoco eres mujer para la ley del pecado; que contigo no quise ni quiero que se entienda. Humillaste, siendo grande sobre todas las criaturas; temes, estando segura; previenes el peligro que no te podrá ofender. ¿Qué haremos con nuestra hermana el día que por nuestra voluntad abra sus labios para bendecirnos, cuando los mortales los abren para blasfemar Nuestro Santo Nombre? ¿Qué haremos para celebrar tan festivo día como el que ha de hablar? ¿Con qué premiaremos tan humilde recato de la que siempre fue deleitable a nuestros ojos? Dulce fue su silencio y dulcísima será su voz en nuestros oídos. Si es muralla fuerte por estar fabricada con la virtud de nuestra gracia y asegurada con el poder de nuestro brazo, reedifiquemos sobre tanta fortaleza nuevos propugnáculos de plata, acrecentemos nuevos dones sobre los pasados; y sean de plata para que sea más enriquecida y preciosa, y sus palabras, cuando hubiere de hablar, sean purísimas, candidas, tersas y sonoras a nuestros oídos, y tenga derramada en sus labios nuestra gracia (Sal., 44, 3), y sea con ella nuestra poderosa mano y protección.

**397.** Al mismo tiempo que, a nuestro entender, pasaba esta conferencia entre las tres Divinas personas, fue nuestra Reina niña confortada y consolada en su humilde cuidado de comenzar a hablar; y el Señor la prometió la gobernaría sus palabras y asistiría en ella, para que todas fuesen de su servicio y agrado. Con lo cual pidió a Su Majestad nueva licencia y bendición para

abrir sus labios llenos de gracia. Y para ser en todo prudente y advertida, la primera palabra habló con sus padres San Joaquín y Santa Ana, pidiéndoles la bendijesen, como quien después de Dios le habían dado el ser que tenía. Oyéronla los dos Santos dichosos, y juntamente vieron que comenzaba a andar por sí sola, y la feliz madre Ana con grande alegría de su espíritu, tomándola en sus brazos, la dijo: Hija mía y querida de mi corazón, sea enhorabuena y para gloria del Altísimo que oigamos vuestra voz y palabras, y que también comencéis a dar pasos para su mayor servicio. Sean vuestras razones y palabras pocas, medidas y de mucho peso, y vuestros pasos rectos y enderezados al servicio y honra de nuestro Criador.

**398.** Oyó la niña santísima María estas y otras razones que su madre Santa Ana la dijo y escribiólas en su tierno corazón, para guardarlas con profunda humildad y obediencia. Y en el año y medio siguiente hasta cumplir los tres, en que fue al templo, fueron muy pocas palabras las que habló, salvo cuando con su madre Santa Ana en ocasiones que por oírla hablar la llamaba y mandaba que con ella hablase de Dios y de sus Misterios; y la niña divina lo hacía, oyendo y preguntando a su madre. Y la que en sabiduría excedía a todos los nacidos, quería ser enseñada e instruida; y en esto pasaban hija y madre dulcísimos coloquios del Señor.

**399.** No sería fácil, ni aun posible, decir lo que obró la niña divina María estos diez y ocho meses que estuvo en la compañía de su madre, la que mirando algunas veces a su hija, más venerable que el arca figurativa del testamento, derramaba copiosas y dulces lágrimas de amor y agradecimiento. Pero jamás le dio a entender el sacramento que tenía en su pecho, de que ella era la escogida para Madre del Mesías, aunque muchas veces trataban de este inefable Misterio, en que la niña se

inflamaba con ardentísimos afectos, y decía grandes excelencias de Él y de su propia dignidad, que misteriosamente ignoraba; y en su felicísima madre Santa Ana acrecentaba más el gozo, el amor y el cuidado de su tesoro e hija.

**400.** Eran las fuerzas tiernas de la niña Reina muy desiguales a los ejercicios y obras humildes que la impelía su ferviente y profunda humildad y amor; porque, juzgándose la Señora de todas las criaturas por la más inferior de ellas, quería serlo en las acciones y demostraciones de las obras más abatidas y serviles de su casa. Y creía que, si no los servía a todos, no satisfacía a su deuda ni cumplía con el Señor; siendo verdad que sólo quedaba corta en satisfacer a su inflamado afecto, porque sus fuerzas corporales no alcanzaban a su deseo, y los supremos Serafines besaran donde ella ponía sus sagradas plantas; con todo eso intentaba muchas veces ejecutar las obras humildes, como limpiar y barrer su casa; y como esto no se lo consentían, procuraba hacerlo a solas, asistiéndole entonces los Santos Ángeles y ayudándola, para que en algo consiguiese el fruto de su humildad.

**401.** No era muy rica la casa de Joaquín, pero tampoco era pobre; y conforme al honrado porte de su familia, deseaba Santa Ana aliñar a su hija santísima con el vestido mejor que pudiese, dentro de los términos de la honestidad y modestia. La niña humildísima admitió este afecto materno mientras no hablaba, sin resistir a ello; pero, cuando comenzó a hablar, pidió con humildad a su madre no le pusiese vestido costoso ni de alguna gala, antes fuese grosero, pobre y traído por otros, si fuese posible, y de color pardo de ceniza, cual es el que hoy usan las religiosas de Santa Clara (La Venerable autora llevaba, además del hábito de las Concepcionistas, el hábito de las Clarisas). La madre Santa, que a su misma



hija miraba y respetaba como a Señora, la respondió: Hija mía, yo haré lo que me pedís en la forma y color de vuestro vestido; pero vuestras fuerzas de niña no le podrán sufrir tan grosero como vos le deseáis y en esto me obedeceréis a mí.

**402.** No replicó la niña obediente a la voluntad de su madre Santa Ana, porque jamás lo hacía; y se dejó vestir de lo que ella la dio, aunque fue en el color y forma como lo pedía Su Alteza, semejante a los hábitos de devoción que visten a los niños. Y aunque deseaba más aspereza y pobreza, pero con la obediencia la recompensó, siendo esta virtud más excelente que el sacrificar (1 Sam., 15, 22); y así quedó la santísima niña María obediente a su madre y pobre en su afecto, juzgándose por indigna de lo que usaba para defender la vida natural. Y en esta obediencia de sus padres fue excelentísima y prontísima los tres años que vivió en su compañía; porque con la Divina ciencia, que conocía sus interiores, estaba prevenida para obedecer al punto. Y para lo que ella hacía por sí misma pedía la bendición y licencia a su madre, besándole la mano con grande humillación y reverencia; pero aunque la prudente madre lo consentía en lo exterior, con el interior reverenciaba la gracia y dignidad de su hija santísima.

**403.** Retirábase algunas veces en tiempos oportunos para gozar a solas con más libertad de la vista y coloquios divinos de sus Ángeles Santos y manifestarles con señales exteriores el amor ardiente de su amado. Y en algunos ejercicios que hacía se postraba llorando, y afligiendo aquel cuerpecito perfectísimo y tierno, por los pecados de los mortales, pidiendo e inclinando la misericordia del Altísimo, para que obrase grandes beneficios que desde luego comenzó a merecerles. Y aunque el dolor interno de las culpas que conocía, y la fuerza del amor que se le causaba, hacían en la divina

niña efectos de intensísimo dolor y pena, en comenzando a usar de las fuerzas corporales en aquella edad, las estrenó con la penitencia y mortificación, para ser en todo Madre de Misericordia y Medianera de la Gracia, sin perder punto, ni tiempo, ni operación, por donde pudiese granjearla para sí y nosotros.

**404.** En llegando a los dos años, comenzó a señalarse mucho en el afecto y caridad con los pobres. Pedía a su madre Santa Ana limosna para ellos; y la piadosa madre satisfacía juntamente al pobre y a su Hija Santísima, y la exhortaba a que los amase y reverenciase a la que era maestra de caridad y perfección. Y a más de lo que recibía para distribuir a los pobres, reservaba alguna parte de su comida para darles, desde aquella edad, para que pudiese decir mejor que el santo Job: *Desde mi niñez creció la miseración conmigo* (Job 31, 8). Daba al pobre la limosna, no como quien la hacía en beneficio de gracia, sino como quien pagaba de justicia la deuda; y decía en su corazón: **A este hermano y señor mío se le debe y no lo tiene y yo lo tengo sin merecerlo; y entregando la limosna besaba la mano del pobre, y si estaba a solas le besaba los pies, y si no podía hacerlo besaba el suelo donde había pisado. Pero jamás dio limosna a pobre, que no se la hiciese mayor a su alma, pidiendo por ella; y así volvían remediados de alma y cuerpo de su divina presencia.**

**405.** No fue menos admirable la humildad y obediencia de la santísima niña en dejarse enseñar a leer y otras cosas, como es natural en aquella tierna edad. Hiciéronlo así sus santos padres, enseñándola a leer y otras cosas; y todo lo admitía y deprendía la que estaba llena de ciencia infusa de todas las materias criadas, y callaba y oía a todos; con admiración de los Ángeles, que en una niña miraban tan peregrina prudencia. Su madre Santa Ana, según el amor y luz que tenía, estaba atenta

a la divina Princesa, y en sus acciones bendecía al Altísimo; pero como se iba acercando el tiempo de llevarla al Templo, crecía con el amor el sobresalto de ver que, cumplido el plazo de los tres años señalado por el Todopoderoso, lo ejecutaría luego para que cumplierse con su voto. Para esto comenzó la niña María a prevenir y disponer a su madre, manifestándole seis meses antes el deseo que tenía de verse ya en el Templo; y representábale los beneficios que de la mano del Señor habían recibido, y cuán debido era hacer su mayor beneplácito, y que en el Templo, estando dedicada a Dios, la tendría más por suya que en su casa propia.

**406.** Oía la Santa madre Ana las razones prudentes de su niña María Santísima y, aunque estaba rendida a la Divina voluntad y quería cumplir la promesa de ofrecerle su amada Hija, pero la fuerza del amor natural de tan única y cara prenda, junto con saber el tesoro inestimable que tenía en ella, pugnaban en su fidelísimo corazón con el dolor de la ausencia que ya la amenazaba tan de cerca; y sin duda rindiera la vida a tan viva y dura pena, si la mano poderosa del Altísimo no la confortara; porque la gracia y dignidad, que solo ella conocía, de su divina hija la tenían robado el corazón y su presencia y trato le eran más deseables que la misma vida. Con este dolor respondía tal vez a la niña: Hija mía querida, muchos años os he deseado y pocos merezco gozar de vuestra compañía, porque se haga la voluntad de Dios; pero, aunque no resisto a la promesa de llevaros al Templo, tiempo me queda para cumplirlo; tened paciencia mientras llega el día en que se cumplan vuestros deseos.

**407.** Pocos días antes que cumplierse María Santísima los tres años, tuvo una visión de la Divinidad abstractivamente, en que le fue manifestado se llegaba ya el tiempo en que Su Majestad ordenaba llevarla a su

**Templo, donde viviese dedicada y consagrada a su servicio. Con esta nueva se llenó su purísimo espíritu de nuevo gozo y agradecimiento, y hablando con el Señor le dio gracias y dijo: Altísimo Dios de Abrahán, Isaac y Jacob, eterno y sumo bien mío, pues yo no puedo alabaros dignamente, háganlo en nombre de esta humilde esclava todos los espíritus angélicos, porque vos, Señor inmenso, que de nadie tenéis necesidad, miráis a este vil gusanillo con la grandeza de vuestra liberal misericordia. ¿De dónde a mí tal beneficio, que me recibáis en vuestra casa y servicio, si no merezco el más despreciado lugar de la tierra que me sustenta? Pero si de vuestra misma grandeza os dais por obligado, yo os suplico, Señor mío, pongáis el cumplimiento de esta vuestra santa voluntad en el corazón de mis padres para que así lo ejecuten.**

**408.** Luego tuvo Santa Ana otra visión en que la mandó el Señor cumplierse la promesa llevando al templo a su hija, para presentarla a Su Majestad el mismo día que cumplierse los tres años. Y no hay duda que fue este mandato de mayor dolor para la madre que el de Abrahán en sacrificar a su hijo Isaac; pero el mismo Señor la consoló y confortó, prometiéndola su gracia y asistencia en la soledad de quitarle a su amada hija. La Santa matrona se mostró rendida y pronta para cumplir lo que el Altísimo Señor la mandaba, y obediente hizo esta oración: Señor y Dios eterno, dueño de todo mi ser, ofrecida tengo a vuestro templo y servicio a mi hija, que vos con misericordia inefable me habéis dado; vuestra es, yo os la doy con hacimiento de gracias por el tiempo que la he tenido y por haberla concebido y criado; pero acordaos, Dios y Señor, que con la guarda de vuestro inestimable tesoro estaba rica; tenía compañía en este destierro y valle de lágrimas, alegría en mi tristeza, alivio en mis trabajos, espejo en quien regular mi vida y un ejemplar de encumbrada perfección que estimulaba mi

tibieza, fervorizaba mi afecto; y por esta sola criatura esperaba vuestra gracia y misericordia, y todo temo me falte en solo un punto hallándome sin ella. Curad, Señor, la herida de mi corazón y no hagáis conmigo según lo que merezco, pero miradme como padre piadoso de misericordias; yo llevaré mi hija al templo, como vos, Señor, lo mandáis.

**409.** Al mismo tiempo había tenido San Joaquín otra visitación o visión del Señor, que le mandaba también lo mismo que a Santa Ana. Y habiéndolo conferido entre los dos y conociendo la voluntad Divina, determinaron cumplirla con rendimiento y señalaron el día para llevar la niña al templo; aunque no fue menor en su modo el dolor y ternura del Santo viejo, pero no tanto como el de Santa Ana, porque entonces ignoraba el misterio altísimo de la que había de ser Madre de Dios.

*Doctrina de la Reina del cielo.*

**410.** Hija mía y carísima, advierte que todos los vivientes nacen destinados a la muerte, ignorando el término de su vida; pero lo que de cierto saben es que su plazo es corto y la eternidad sin fin; y que en ella sólo ha de coger el hombre lo que ahora sembrare de malas o buenas obras, que entonces darán su fruto de muerte o vida eterna; y en tan peligroso viaje no quiere Dios que nadie conozca de cierto si es digno de su amor o aborrecimiento (Ecl., 9, 1); porque si tiene seso, esta duda le sirva de estímulo, para diligenciar con todas sus fuerzas la amistad del mismo Señor. Y él justifica su causa desde que el alma comienza el uso de la razón; porque desde luego enciende en ella una luz y dictamen que le estimula y encamina a la virtud y desvía del pecado, enseñándola a distinguir entre el fuego y agua, abonando el bien y reprendiendo el mal, eligiendo la virtud y reprobando el vicio. A más de esto, la despierta y llama por sí mismo con inspiraciones


santas y continuos impulsos, y por medio de los sacramentos, artículos y mandamientos, por los Ángeles, predicadores, confesores, prelados y maestros, por los trabajos propios y beneficios, por el ejemplo de los ajenos, en tribulaciones, muertes y otros varios sucesos y medios que su providencia dispone para traer a sí a todos, porque todos quiere sean salvos (1 Tim., 2, 4); y de estas cosas hace un compuesto de grandes auxilios y favores, de que la criatura puede y debe usar aprovechándose de ellos.

**411.** Contra esto procede la contienda de la parte inferior y sensitiva, que con el *fomes peccati* inclina a los objetos sensibles y mueve a la concupiscible e irascible, para que turbando la razón arrastren a la voluntad ciega para abrazar la libertad del deleite. Y el demonio con fascinaciones y falsas e inicuas fabulaciones oscurece el sentido interior y oculta el mortal veneno de lo deleitable transitorio (Sab., 4, 12). Mas no luego desampara el Altísimo a sus criaturas, antes renueva sus misericordias y auxilios, con que de nuevo la revoca y llama; y si responde a las primeras vocaciones, añade otros mayores, según su equidad; y a la correspondencia los va acrecentando y multiplicando; y en premio de que el alma se venció, se le van atenuando las fuerzas a sus pasiones y al *fomes*, y se aligera más el espíritu para que pueda levantarse a lo alto y hacerse muy superior a sus inclinaciones y al demonio.

**412.** Pero, si dejándose llevar del deleite y del olvido, da la mano el hombre al enemigo de Dios y suyo, cuanto se va alejando de la bondad Divina, tanto menos digno se hace de sus llamamientos y siente menos los auxilios aunque sean grandes; porque el demonio y las pasiones han cobrado sobre la razón mayor dominio y fuerza y la hacen más inepta e incapaz de la gracia del Altísimo. En esta doctrina, hija y amiga mía, consiste lo

principal de la salvación o condenación de las almas, en comenzar a resistir o admitir los auxilios del Señor. Esta doctrina quiero que no la olvides, para que respondas a los muchos llamamientos que tienes de la mano del Altísimo. Procura ser fuerte en resistir a tus enemigos y puntual y eficaz en ejecutar el gusto de tu Señor, con que le darás agrado, y atender a su querer, que con su divina luz conoces. Grande amor tenía yo a mis padres, y las razones y ternura de mi madre me herían el corazón, pero, como sabía era orden y agrado del Señor dejarlos, olvidé su casa y mi pueblo (Sal., 44 11), no más de para seguir a mi Esposo. La buena crianza y doctrina de la niñez hace mucho para después, y que la criatura se halle más libre y habituada a la virtud, comenzando desde el puerto de la razón a seguir este norte verdadero y seguro.

## LIBRO II

 ONTIENE LA PRESENTACIÓN AL TEMPLO DE LA PRINCESA DEL CIELO; LOS FAVORES QUE LA DIESTRA DIVINA LA HIZO; LA ALTÍSIMA PERFECCIÓN CON QUE OBSERVÓ LAS CEREMONIAS DEL TEMPLO; EL GRADO DE SUS HEROICAS VIRTUDES Y MODO DE VISIONES QUE TUVO; SU SANTÍSIMO DESPOSORIO Y LO RESTANTE HASTA LA ENCARNACIÓN DEL HIJO DE DIOS.

### CAPITULO 1

*De la presentación de María Santísima en el Templo el año tercero de su edad.*

**413.** Entre las sombras que figuraban a María Santísima en la ley escrita, ninguna fue más expresa que el arca del testamento, así por la materia de que estaba fabricada, como por lo que en sí contenía, y para lo que servía en el

pueblo de Dios, y las demás cosas que mediante el arca y con ella y por ella hacía y obraba el mismo Señor en aquella antigua Sinagoga; que todo era un dibujo de esta Señora y de lo que por ella y con ella había de obrar en la nueva Iglesia del Evangelio. La materia del cedro incorruptible (Ex., 25, 10) de que —no acaso pero con Divino acuerdo— fue fabricada, expresamente señala a nuestra arca mística María, libre de la corrupción del pecado actual y de la carcoma oculta del original y su inseparable *fomes* y pasiones. El oro finísimo y purísimo que por dentro y fuera la vestía (Ib. 11), cierto es que fue lo más perfecto y levantado de la gracia y dones que en sus pensamientos divinos, y en sus obras y costumbres, hábitos y potencias resplandecía, sin que a la vista de lo interior y exterior de esta arca se pudiese divisar parte, tiempo, ni momento en que no estuviese toda llena y vestida de gracia, y gracia de subidísimos quilates.

**414.** Las tablas lapídeas de la ley, la urna del maná y vara de los prodigios, que aquella antigua arca contenía y guardaba, no pudo significar con mayor expresión al Verbo Eterno humanado, encerrado en esta arca viva de María Santísima, siendo su Hijo unigénito la piedra fundamental (1 Cor., 3, 11) y viva del edificio de la Iglesia Evangélica; la angular (Ef., 2, 20), que juntó a los dos pueblos, judaico y gentil, tan divisos, y que para esto se cortó del monte (Dan., 2, 34) de la eterna generación, y para que, escribiéndose en ella con el dedo de Dios la nueva ley de gracia, se depositase en el arca virginal de María; y para que se entienda que era depositaría esta gran Reina de todo lo que Dios era y obraba con las criaturas. Encerraba también consigo el maná de la Divinidad y de la gracia y el poder y vara de los prodigios y maravillas, para que sólo en esta arca divina y mística se hallase la fuente de las gracias, que es el mismo ser de Dios, y de ella redundasen a los demás mortales, y en ella y por ella se



**obrasen las maravillas y prodigios del brazo de Dios; y todo lo que este Señor quiere, es y obra, se entienda que en María está encerrado y depositado.**

**415.** A todo esto era consiguiente que el arca del testamento —no por la figura y sombra, sino por la verdad que significaba— sirviese de peana y asiento al propiciatorio (Ex., 26, 34), donde el Señor tenía el asiento y tribunal de las misericordias para oír a su pueblo, responderle y despachar sus peticiones y favores; porque de ninguna otra criatura hizo Dios trono de gracia fuera de María Santísima; ni tampoco podía dejar de hacer propiciatorio de esta mística y verdadera arca, supuesto que la había fabricado para encerrarse en ella. Y así parece que el tribunal de la Divina justicia se quedó en el mismo Dios y el propiciatorio y tribunal de la misericordia le puso en María dulcísima, para que a ella como a trono de gracia llegásemos con segura confianza a presentar nuestras peticiones, a pedir los beneficios, gracias y misericordias, que, fuera del propiciatorio de la gran Reina María, ni son oídas ni despachadas para el linaje humano.

**416.** Arca tan misteriosa y consagrada, fabricada por la mano del mismo Señor para su habitación y propiciatorio para su pueblo, no estaba bien fuera de su templo, donde estaba guardada la otra arca material, que era figura de esta verdadera y espiritual arca del Nuevo Testamento. Por esto ordenó el mismo Autor de esta maravilla que María Santísima fuese colocada en su casa y templo, cumplidos los tres años de su felicísima natividad. Verdad es que no sin grande admiración hallo una diferencia admirable en lo que sucedió con aquella primera y figurativa arca y lo que sucede con la segunda y verdadera; pues cuando el Santo Rey David trasladó el arca a diferentes lugares, y después su hijo Salomón la trasladó o colocó en el templo como a su lugar y asiento

propio, aunque no tenía aquella arca más grandeza que significar a María Purísima y sus misterios, fueron sus traslaciones y mudanzas tan festivas y llenas de regocijo para aquel antiguo pueblo como lo testifican las solemnes procesiones que hizo Santo David de casa de Aminadab a la de Obededón y de ésta al tabernáculo de Sión, ciudad propia del mismo Santo Rey David; y cuando de Sión la trasladó Salomón al nuevo templo, que para casa de Dios y de oración edificó por precepto del mismo Señor ((2 Sam., 6, 10.12; 3 Re., 8, 6; 2 par., 5).

**417.** En todas estas traslaciones fue llevada la antigua arca del testamento con pública veneración y culto solemnísimo de músicas, danzas, sacrificios y júbilo de aquellos reyes y de todo el pueblo de Israel, como lo refiere la Sagrada Historia de los libros II y III de los Reyes y I y II del Paralipómenon. Pero nuestra arca mística y verdadera, María Santísima, aunque era la más rica, estimable y digna de toda veneración entre las criaturas, no fue llevada al templo con tan solemne aparato y ostentación pública; no hubo en esta misteriosa traslación sacrificios de animales, ni la pompa real y majestad de Reina, antes bien fue trasladada de casa de su padre Joaquín, en los brazos humildes de su madre Ana, que, si bien no era muy pobre, pero en esta ocasión llevó a su querida Hija a presentar y depositarla en el templo con recato humilde, como pobre, sola y sin ostentación popular. Toda la gloria y majestad de esta procesión quiso el Altísimo que fuese invisible y divina; porque los sacramentos y misterios de María Santísima fueron tan levantados y ocultos que muchos de ellos lo están hasta el día de hoy por los investigables juicios del Señor, que tiene destinado el tiempo y hora para todas las cosas y para cada una.

**418.** Admirándome yo de esta maravilla en presencia del Muy Alto y alabando sus juicios, se dignó Su Majestad

**de responderme de esta manera: Advierte, alma, que yo si ordené fuese venerada el arca del viejo testamento con tanta festividad y aparato, fue porque era figura expresa de la que había de ser Madre del Verbo Humanado. Aquella era arca irracional y material, y con ella sin dificultad se podía hacer aquella celebridad y ostentación; pero con el arca verdadera y viva no permití yo esto, mientras vivió en carne mortal, para enseñar con este ejemplo lo que tú y las demás almas debéis advertir, mientras sois viadoras. A mis electos, que están escritos en mi mente y aceptación para eterna memoria, no quiero yo poner los en ocasión que la honra y el aplauso ostentoso y desmedido de los hombres les sea parte de premio en la vida mortal, por lo que en ella trabajan por mi honra y servicio; ni tampoco les conviene el peligro de repartir el amor, en quien los justifica y hace santos y en quien los celebra por tales. Uno es el Criador que los hizo y sustenta, ilumina y defiende; uno ha de ser el amor y atención y no se debe partir ni dividir, aunque sea para remunerar y agradecer las honras que con piadoso celo se les hacen a los justos. El amor divino es delicado, la voluntad humana fragilísima y limitada; y dividida, es poco y muy imperfecto lo que hace, y ligeramente lo pierde todo. Por esta doctrina y ejemplar con la que era santísima y no podía caer por mi protección, no quise que fuese conocida, ni honrada en su vida, ni llevada al templo con ostentación de honra visible.**

**419.** A más de esto, yo envié a mi Unigénito del Cielo y crié a la que había de ser su Madre, para que sacasen al mundo de su error y desengañasen a los mortales, de que era ley iniquísima y establecida por el pecado que el pobre fuese despreciado y el rico estimado; que el humilde fuese abatido y el soberbio ensalzado; que el virtuoso fuese vituperado y el pecador acreditado; que el temeroso y encogido fuese juzgado por insensato y el arrogante fuese tenido por valeroso; que la pobreza

fuese ignominiosa y desdichada; las riquezas, fausto, ostentación, pompas, honras, deleites perecederos buscados y apreciados de los hombres insipientes y carnales. Todo esto vino el Verbo Encarnado y su Madre a reprobado y condenar por engañoso y mentiroso, para que los mortales conozcan el formidable peligro en que viven en amarlo y en entregarse tan ciegamente a la mentira dolosa de lo sensible y deleitable. Y de este insano amor les nace que con tanto esfuerzo huyan de la humildad, mansedumbre y pobreza, y desvíen de sí todo lo que tiene olor de virtud verdadera de penitencia y negación de sus pasiones; siendo esto lo que obliga a mi equidad y es aceptable en mis ojos, porque es lo santo, lo honesto, lo justo y que ha de ser premiado con remuneración de eterna gloria, y lo contrario con sempiterna pena.

**420.** Esta verdad no alcanzan los ojos terrenos de los mundanos y carnales, ni quieren atender a luz que se la enseñaría; pero tú, alma, óyela y escríbela en tu corazón con el ejemplo del Verbo Humanado, de la que fue su Madre y le imitó en todo. Santa era, y en mi estimación y agrado la primera después de Cristo, y se le debía toda veneración y honra de los hombres, pues no le pudieran dar la que merecía; pero yo previne y ordené que no fuese honrada ni conocida por entonces, para poner en ella lo más santo, lo más perfecto, lo más apreciable y seguro, que mis escogidos habían de imitar y aprender de la Maestra de la verdad; y esto era la humildad, el secreto, el retiro, el desprecio de la vanidad engañosa y formidable del mundo, el amor a los trabajos, tribulaciones, contumelias, aflicciones y deshonoras de las criaturas. Y porque todo esto no se compadece ni conviene con los aplausos, honras y estimación de los mundanos, determiné que María Purísima no las tuviese, ni quiero que mis amigos las reciban ni admitan. Y si para mi gloria yo los doy a conocer alguna vez al mundo, no es porque ellos lo desean, ni lo quieren; mas con su

humildad, y sin salir de sus límites, se rinden a mi disposición y voluntad; y para sí y por sí desean y aman lo que el mundo desecha, y lo que el Verbo Humanado y su Madre Santísima obraron y enseñaron.—Esta fue la respuesta del Señor a mi admiración y reparo; con que me dejó satisfecha y enseñada en lo que debo y deseo ejecutar.

**421.** Cumplido ya el tiempo de los tres años determinados por el Señor, salieron de Nazaret Joaquín y Ana, acompañados de algunos deudos, llevando consigo la verdadera arca viva del testamento, María Santísima, en los brazos de su madre, para depositarla en el Templo Santo de Jerusalén. Corría la hermosa niña con sus afectos fervorosos tras el olor de los ungüentos de su amado (Cant., 1, 3), para buscar en el Templo al mismo que llevaba en su corazón. Iba esta humilde procesión muy sola de criaturas terrenas y sin alguna visible ostentación, pero con ilustre y numeroso acompañamiento de espíritus angélicos que para celebrar esta fiesta habían bajado del Cielo, a más de los ordinarios que guardaban a su Reina niña, y cantando con música celestial nuevos cánticos de gloria y alabanza del Altísimo —oyéndolos y viéndolos a todos la Princesa de los cielos, que caminaba hermosos pasos a la vista del supremo y verdadero Salomón— prosiguieron su jornada de Nazaret hasta la Ciudad Santa de Jerusalén, sintiendo los dichosos padres de la niña María grande júbilo y consolación de su espíritu.

**422.** Llegaron al Templo Santo, y la Bienaventurada Ana, para entrar con su hija y Señora en él, la llevó de la mano, asistiéndolas particularmente el Santo Joaquín; y todos tres hicieron devota y fervorosa oración al Señor: los padres ofreciéndole a su hija y la hija santísima ofreciéndose a sí misma con profunda humildad, adoración y reverencia. Y sola ella conoció cómo el

**Altísimo la admitía y recibía; y entre un divino resplandor que llenó el templo, oyó una voz que le decía: Ven, esposa mía, electa mía, ven a mi templo, donde quiero que me alabes y me bendigas.—Hecha esta oración se levantaron y fueron al sacerdote y le entregaron los padres a su hija y niña María, y el sacerdote le dio su bendición; y juntos todos la llevaron a un cuarto, donde estaba el colegio de las doncellas que se criaban en recogimiento y santas costumbres, mientras llegaban a la edad de tomar estado de matrimonio; y especialmente se recogían allí las primogénitas del tribu real de Judá y del tribu sacerdotal de Leví.**

**423.** La subida de este colegio tenía quince gradas, adonde salieron otros sacerdotes a recibir la bendita niña María; y el que la llevaba, que debía de ser uno de los ordinarios y la había recibido, la puso en la grada primera; ella le pidió licencia y, volviéndose a sus padres Joaquín y Ana, hincando las rodillas les pidió su bendición y les besó la mano a cada uno, rogándoles la encomendasen a Dios. Los santos padres con gran ternura y lágrimas la echaron bendiciones, y, en recibéndolas, subió por sí sola las quince gradas con incomparable fervor y alegría, sin volver la cabeza ni derramar lágrima, ni hacer acción pàrvula, ni mostrar sentimiento de la despedida de sus padres; antes puso a todos en admiración el verla en edad tan tierna con majestad y entereza tan peregrina. Los sacerdotes la recibieron y llevaron al colegio de las demás vírgenes; y el Santo Simeón, Sumo Sacerdote, la entregó a las maestras, una de las cuales era Ana profetisa. Esta santa matrona había sido prevenida con especial gracia y luz del Altísimo para que se encargase de aquella niña de Joaquín y Ana, y así lo hizo por Divina dispensación, mereciendo por su santidad y virtudes tener por discípula a la que había de ser Madre de Dios y maestra de todas las criaturas.

**424.** Los padres, Joaquín y Ana, se volvieron a Nazaret doloridos, y pobres sin el rico tesoro de su casa, pero el Altísimo los confortó y consoló en ella. El santo sacerdote Simeón, aunque por entonces no conoció el misterio encerrado en la niña María, pero tuvo grande luz de que era santa y escogida del Señor; y los otros sacerdotes también sintieron de ella con gran alteza y reverencia. En aquella escala que subió la niña se ejecutó con toda propiedad lo que Jacob vio en la suya (Gén., 28, 12), que subían y bajaban Ángeles; unos que acompañaban y otros que salían a recibir a su Reina; y en lo supremo de ella aguardaba Dios para admitirla por Hija y por Esposa; y ella conoció en los efectos de su amor que verdaderamente aquella era casa de Dios y puerta del cielo.

**425.** La niña María, entregada y encargada a su maestra, con humildad profunda le pidió de rodillas la bendición, y la rogó que la recibiese debajo de su obediencia, enseñanza y consejo, y que tuviese paciencia en lo mucho que con ella trabajaría y padecería. Ana profetisa, su maestra, la recibió con agrado y la dijo: Hija mía, en mi voluntad hallaréis madre y amparo y yo cuidaré de vos y de vuestra crianza con todo el desvelo posible.—Luego pasó a ofrecerse con la misma humildad a todas las doncellas que allí estaban, y a cada una singularmente la saludó y abrazó y se dedicó por sierva suya, y les pidió que como mayores y más capaces de lo que allí habían de hacer la enseñasen y mandasen; y dioles gracias porque sin merecerlo la admitían en su compañía.

### *Doctrina de la Santísima Virgen María.*

**426.** Hija mía, la mayor dicha que puede venirle en esta vida mortal a un alma es que la traiga el Altísimo a su

**casa y la consagre toda a su servicio; porque con este beneficio la rescata de una peligrosa esclavitud y la alivia de la vil servidumbre del mundo, donde sin perfecta libertad come su pan con el sudor de su cara (Gén., 3, 19). ¿Quién hay tan insipiente y tenebroso que no conozca el peligro de la vida mundana, con tantas leyes y costumbres abominables y pésimas como la astucia diabólica y la perversidad de los hombres han introducido? La mejor parte es la religión y retiro; aquí se halla puerto seguro y lo demás todo es tormenta y olas alteradas y llenas de dolor y desdichas; y no reconocer los hombres esta verdad y agradecer este singular beneficio, es fea dureza de corazón y olvido de sí mismos. Pero tú, hija mía, no te hagas sorda a la voz del Altísimo, atiende y obra y responde a ella; y te advierto que uno de los mayores desvelos del demonio es impedir la vocación del Señor cuando llama y dispone a las almas para que se dediquen a su servicio.**

**427.** Sólo aquel acto público y sagrado de recibir el hábito y entrar en la religión, aunque no se haga siempre con el fervor y pureza de intención debida, indigna y enfurece al Dragón infernal y a sus demonios, así por la gloria del Señor y gozo de los Santos Ángeles, como porque sabe aquel mortal enemigo que la religión lo santifica y perfecciona. Y sucede muchas veces que habiéndola recibido por motivos humanos y terrenos, obra después la divina gracia y lo mejora y ordena todo. Y si esto puede cuando el principio no fue con intención tan recta como convenía, mucho más poderosa y eficaz será la luz y virtud del Señor y la disciplina de la religión, cuando el alma entra en ella movida del Divino amor y con íntimo y verdadero deseo de hallar a Dios, servirle y amarle.

**428.** Y para que el Altísimo reforme o adelante al que viene a la religión por cualquier motivo que traiga,



conviene que, en volviendo al mundo las espaldas, no le vuelva los ojos y que borre todas sus imágenes de la memoria y olvide lo que tan dignamente ha dejado en el mundo. A los que no atienden a esta enseñanza y son ingratos y desleales con Dios, sin duda les viene el castigo de la mujer de Lot (Gén., 19, 26), que si por la Divina piedad no es tan visible y patente a los ojos exteriores, pero recíbenle interiormente, quedando helados, secos y sin fervor ni virtud. Y con este desamparo de la *gracia*, ni consiguen el fin de su vocación, ni aprovechan en la religión, ni hallan consuelo espiritual en ella, ni merecen que el Señor les mire y visite como a hijos; antes los desvía como esclavos infieles y fugitivos. Advierte, María, que para ti todo lo del mundo ha de estar muerto y crucificado, y tú para él, sin memoria, ni imagen, ni atención, ni afecto o cosa alguna terrena y si tal vez fuere necesario ejercitar la caridad con los prójimos, ordénala tan bien que en primer lugar pongas el bien de tu alma y tu seguridad y quietud, paz y tranquilidad interior. Y en estas advertencias todo extremo, que no sea vicio, te lo amonesto y mando si has de estar en mi escuela.

## CAPITULO 2

*De un singular favor que hizo el Altísimo a María Santísima luego que se quedó en el templo.*

**429.** Cuando la divina niña María, despedidos sus padres, se quedó en el templo para vivir en él, le señaló su maestra el retiro que le tocaba entre las demás vírgenes, que eran como unas grandes alcobas o pequeños aposentos para cada una. Postróse en tierra la Princesa de los cielos y, con advertencia de que era suelo y lugar del templo, le besó y adoró al Señor dándole gracias por aquel nuevo beneficio, y a la misma tierra, porque la había recibido y sustentaba, siendo indigna de aquel

bien, de pisarla y estar en ella. Luego se convirtió a sus Ángeles santos y les dijo: Príncipes celestiales, nuncios del Altísimo, fidelísimos amigos y compañeros míos, yo os suplico con todo el afecto de mi alma, que en este santo Templo de mi Señor hagáis conmigo el oficio de vigilantes centinelas, avisándome de todo lo que debo hacer; enseñadme y encaminadme como maestros y nortes de mis acciones, para que acierte en todo a cumplir la voluntad perfecta del Altísimo, dar gusto a los santos sacerdotes y obedecer a mi maestra y compañeras.—Y hablando con los doce Ángeles singularmente —que arriba dijimos (Cf. supra 202 y 273) eran los doce del Apocalipsis— les dijo: Y a vosotros, embajadores míos, os pido que, si el Altísimo os diere su licencia, vais [sic] a consolar a mis santos padres en su aflicción y soledad.

**430.** Obedecieron a su Reina los doce Ángeles y, quedando con los demás en coloquios divinos, sintió una virtud superior que la movía fuerte y suave y la espiritualizaba y levantaba en un ardiente éxtasis; y luego el Altísimo mandó a los Serafines que la asistían ilustrasen su alma santísima y la preparasen. Y luego le fue dado un lumen y cualidad divina que perfeccionase y proporcionase sus potencias con el objeto que le querían manifestar. Y con esta preparación, acompañada de todos sus Santos Ángeles y otros muchos, vestida la divina niña de una refulgente nubécula, fue llevada en cuerpo y alma hasta el Cielo empíreo, donde fue recibida de la Santísima Trinidad con digna benevolencia y agrado. Postróse ante la presencia del poderosísimo y altísimo Señor, como solía en las demás visiones, y adoróle con profunda humildad y reverencia. Y luego la volvieron a iluminar de nuevo con otra cualidad o lumen con el cual vio la Divinidad intuitiva y claramente; siendo esta la segunda vez que se le manifestó por este modo intuitivo a los tres años de su edad.

**431.** No hay sentido ni lengua que pueda manifestar los efectos de esta visión y participación de la Divina esencia. La Persona del Eterno Padre habló a la futura Madre de su Hijo, y díjola: Paloma mía y dilecta mía, quiero que veas los tesoros de mi ser inmutable y perfecciones infinitas y los ocultos dones que tengo destinados para las almas que tengo elegidas para herederas de mi gloria, que serán rescatadas con la Sangre del Cordero que por ellas ha de morir. Conoce, hija mía, cuán liberal soy para mis criaturas que me conocen y aman; cuán verdadero en mis palabras, cuán fiel en mis promesas, cuán poderoso y admirable en mis obras. Advierte, esposa mía, cómo es verdad infalible que quien me siguiere no vivirá en tinieblas. De ti quiero que, como mi escogida, seas testigo de vista de los tesoros que tengo aparejados para levantar los humildes, remunerar los pobres, engrandecer los abatidos y premiar todo lo que por mi nombre hicieren o padecieren los mortales.

**432.** Otros sacramentos grandes conoció la santísima niña en esta visión de la Divinidad, porque el objeto es infinito; y aunque se le había manifestado otra vez claramente, pero siempre le resta infinito que comunicar de nuevo con más admiración y mayor amor de quien recibe este favor. Respondió la Santísima María al Señor, y dijo: Altísimo y supremo Dios eterno, incomprendible sois en vuestra grandeza, rico en misericordias, abundante en tesoros, inefable en misterios, fidelísimo en promesas, verdadero en palabras, perfectísimo en vuestras obras, porque sois Señor infinito y eterno en vuestro ser y perfecciones. Pero ¿qué hará, altísimo Señor, mi pequenez a la vista de vuestra grandeza? Indigna me reconozco de mirar vuestra grandeza que veo, pero necesitada de que con ella me miréis. En vuestra presencia, Señor, se aniquila toda criatura, ¿qué

hará vuestra sierva, que es polvo? Cumplid en mí todo vuestro querer y beneplácito; y si en vuestros ojos son tan estimables los trabajos y desprecios de los mortales, la humildad, la paciencia y mansedumbre en ellos, no consintáis, amado mío, que yo carezca de tan rico tesoro y prendas de vuestro amor; y dad el premio de ello a vuestros siervos y amigos, que lo merecerán mejor, pues nada he trabajado yo en vuestro servicio y agrado.

**433.** El Altísimo se agradó mucho de la petición de la divina niña y la dio a conocer cómo la admitía para concederle que trabajase y padeciese por su amor en el discurso de su vida, sin entender entonces el orden y modo como había de suceder todo. Dio gracias la Princesa del Cielo por este beneficio y favor de que era escogida para trabajar y padecer por el nombre y gloria del Señor y, fervorosa con el deseo de conseguirlo, pidió licencia a Su Majestad para hacer en su presencia cuatro votos; de castidad, pobreza, obediencia y perpetuo encerramiento en el templo, adonde la había traído. A esta petición la respondió el Señor, y la dijo: Esposa mía, mis pensamientos se levantan sobre todas las criaturas y tú, electa mía, ahora ignoras lo que en el discurso de tu vida te puede suceder y que no será posible en todo cumplir tus fervorosos deseos en el modo que ahora piensas; el voto de castidad admito y quiero le hagas, y que renuncies desde luego las riquezas terrenas; si bien es mi voluntad que en los demás votos y en sus materias obres, en lo posible, como si los hubieras hecho todos; y tu deseo se cumplirá en otras muchas doncellas que, en el tiempo venidero de la ley de gracia, por seguirte y servirme harán los mismos votos viviendo juntas en congregación, y serás madre de muchas hijas.

**434.** Hizo luego la santísima niña en presencia del Señor el voto de castidad, y en lo demás sin obligarse

renunció todo el afecto de lo terreno y criado; y propuso obedecer por Dios a todas las criaturas. Y en el cumplimiento de estos propósitos fue más puntual, fervorosa y fiel que ninguno de cuantos por voto lo prometieron ni prometerán. Con esto cesó la visión intuitiva y clara de la Divinidad, pero no luego fue restituida a la tierra; porque en otro estado más inferior tuvo luego otra visión imaginaria del mismo Señor y estando siempre en el cielo empíreo; de manera que se siguieron a la vista de la Divinidad otras visiones imaginarias.

**435.** En esta segunda e imaginaria visión llegaron a ella algunos Serafines de los más inmediatos al Señor y, por mandado suyo, la adornaron y compusieron en esta forma. Lo primero, todos sus sentidos fueron como iluminados con una claridad o lumen que los llenaba de gracia y hermosura. Luego la vistieron una ropa o túnica preciosísima de refulgencia y la ciñeron con una cintura de piedras diferentes de varios colores transparentes, lucidísimos y brillantes, que toda la hermoseaba sobre la humana ponderación; y significaba la pura candidez y heroicas y diferentes virtudes de su alma santísima. Pusieronla también una gargantilla o collar inestimable y de subido valor con tres grandes piedras, símbolo de las tres mayores y excelentes virtudes, fe, esperanza y caridad; y estas pendían del collar sobre el pecho, como señalando su lugar y asiento de tan ricas joyas. Diéronle tras esto siete anillos de rara hermosura en sus manos, donde se los puso el Espíritu Santo en testimonio de que la adornaba con sus dones en grado eminentísimo. Y sobre este adorno la Santísima Trinidad puso sobre su cabeza una imperial corona de materia y piedras inestimables, constituyéndola juntamente por Esposa suya y por Emperatriz del cielo; y en fe de todo esto la vestidura cándida y refulgente estaba sembrada de unas letras o cifras de

**finísimo oro y muy brillante, que decían: María hija del Eterno Padre, Esposa del Espíritu Santo y Madre de la verdadera luz. Esta última empresa o título no entendió la divina Señora, pero los Ángeles sí, que admirados en la alabanza del Autor asistían a obra tan peregrina y nueva; y en cumplimiento de todo esto puso el Altísimo en los mismos espíritus angélicos nueva atención, y salió una voz del trono de la Santísima Trinidad, que hablando con María Santísima le dijo: Nuestra Esposa, nuestra querida y escogida entre las criaturas serás por toda la eternidad; los Ángeles te servirán y todas las naciones y generaciones te llamarán bienaventurada (Lc., 1, 48).**

**436.** Adornada la soberana niña con las galas de la divinidad, se celebró luego el desposorio más célebre y maravilloso que pudo imaginar ninguno de los más altos querubines y serafines, porque el Altísimo la admitió por Esposa única y singular y la constituyó en la más suprema dignidad que pudo caber en pura criatura, para depositar en ella su misma Divinidad en la Persona del Verbo y con él todos los tesoros de gracias que a tal eminencia convenían. Estaba la humildísima entre los humildes absorta en el abismo de amor y admiración que la causaban tales favores y beneficios y en presencia del Señor, dijo:

**437.** Altísimo Rey y Dios incomprendible, ¿quién sois vos y quién soy yo, para que vuestra dignación mire a la que es polvo, indigna de tales misericordias? En vos, Señor mío, como en espejo claro, conociendo vuestro ser inmutable, veo y conozco sin engaño la bajeza y vileza del mío, miro vuestra inmensidad y mi nada, y en este conocimiento quedo aniquilada y deshecha con admiración de que la Majestad infinita se incline a tan humilde gusanillo, que sólo puede merecer el desecho y desprecio entre todas las criaturas. ¡Oh Señor y bien mío, qué magnificado y engrandecido seréis en esta obra!

**¡Qué admiración causaréis conmigo en vuestros espíritus angélicos, que conocen vuestra infinita bondad, grandeza y misericordias, en levantar al polvo y a la que en él es pobre (Sal., 112, 3), para colocarla entre los príncipes! Yo, Rey mío y mi Señor, os admito por mi Esposo y me ofrezco por vuestra esclava. No tendrá mi entendimiento otro objeto, ni mi memoria otra imagen, ni mi voluntad otro fin ni deseo fuera de vos, sumo, verdadero y único bien y amor mío, ni mis ojos se levantarán para ver otra criatura humana, ni atenderán mis potencias y sentidos a nadie fuera de vos mismo y a lo que Vuestra Majestad me encaminare; solo vos, amado mío, seréis para vuestra Esposa (Cant., 2, 16) y ella para solo vos, que sois incomutable y eterno bien.**

**438.** Recibió el Altísimo con inefable agrado esta aceptación que hizo la soberana Princesa del nuevo desposorio que con su alma santísima había celebrado; y, como a verdadera Esposa y Señora de todo lo criado, le puso en sus manos todos los tesoros de su poder y gracia y la mandó que pidiese lo que deseaba, que nada le sería negado. Hízolo así la humildísima paloma y pidió al Señor con ardentísima caridad enviase a su Unigénito al mundo para remedio de los mortales; que a todos los llamase al conocimiento verdadero de su Divinidad; que a sus padres naturales Joaquín y Ana les aumentase en el amor y dones de su Divina diestra; que a los pobres y afligidos los consolase y confortase en sus trabajos; y para sí misma pidió el cumplimiento y beneplácito de la Divina voluntad. Estas fueron las peticiones más particulares que hizo la nueva esposa María en esta ocasión a la Beatísima Trinidad. Y todos los espíritus angélicos en alabanza del Altísimo hicieron nuevos cánticos de admiración y, con música celestial, los que Su Majestad destinó volvieron a la santísima niña desde el cielo empíreo al lugar del templo, dé donde la habían llevado.

**439.** Y para comenzar luego a poner por obra lo que Su Alteza había prometido en presencia del Señor, fue a su maestra y la entregó todo cuanto su madre Santa Ana le había dejado para su necesidad y regalo, hasta unos libros y vestuario; y la rogó lo distribuyese a los pobres, o como ella gustase disponer de ello, y la mandase y ordenase lo que debía hacer. La discreta maestra, que ya he dicho era Ana la profetisa, con divino impulso admitió y aprobó lo que la hermosa niña María ofrecía y la dejó pobre y sin cosa alguna más de lo que tenía vestido; y propuso cuidar singularmente de ella como de más destituida y pobre, porque las otras doncellas cada una tenía su peculio y homenaje señalado y propio de sus ropas y otras cosas a su voluntad.

**440.** Dióle también la maestra orden de vivir a la dulcísima niña, habiéndolo comunicado primero con el sumo sacerdote; y con esta desnudez y resignación consiguió la Reina y Señora de las criaturas quedar sola, destituida y despojada de todas ellas y de sí misma, sin reservar otro afecto ni posesión más de solo el amor ardentísimo del Señor y de su propio abatimiento y humillación. Yo confieso mi suma ignorancia, mi vileza, mi insuficiencia y que del todo me hallo indigna para explicar misterios tan soberanos y ocultos; donde las lenguas expeditas de los sabios y la ciencia y amor de los supremos querubines y serafines fueran insuficientes ¿qué podrá decir una mujer inútil y abatida? Conozco cuánto ofendiera a la grandeza de sacramentos tan venerables, si la obediencia no me excusara; pero aun con ella temo y creo que ignoro y callo lo más y conozco y digo lo menos en cada uno de los misterios y sucesos de esta Ciudad de Dios María Santísima.

*Doctrina de la Santísima Virgen María.*



**441.** Hija mía, entre los favores grandes e inefables que recibí en el discurso de mi vida de la diestra del Todopoderoso, uno fue el que acabas de conocer y escribir ahora; porque en la vista clara de la divinidad y ser incomprendible del Altísimo conocí ocultos sacramentos y misterios, y en aquel adorno y desposorio recibí incomparables beneficios, y en mi espíritu sentí dulcísimos y divinos efectos. Aquel deseo que tuve de hacer los cuatro votos de pobreza, obediencia, castidad y encerramiento, agradó mucho al Señor; y merecí con el deseo que se estableciese en la Iglesia y ley de gracia el hacer los mismos votos las religiosas, como hoy se acostumbra; y aquel fue el principio de lo que ahora hacéis las religiosas, según lo que dijo Santo Rey David (Sal., 44, 13): *Adducentur Regí virgines post eam*, en el salmo 44, porque el Altísimo ordenó que fuesen mis deseos el fundamento de las religiones de la Ley Evangélica. Y yo cumplí entera y perfectísimamente todo lo que allí propuse delante del Señor, en cuanto según mi estado y vida fue posible; ni jamás miré al rostro a hombre alguno, ni de mi esposo San José, ni de los mismos Ángeles, cuando en forma humana se me aparecían, pero en Dios los vi y conocí todos; y a ninguna cosa criada o racional tuve afecto, ni en operación e inclinación humana; ni tuve querer propio: sí o no, haré o no haré, porque en todo me gobernó el Altísimo, o por sí inmediatamente, o por la obediencia de las criaturas a quien de voluntad me sujetaba.

**442.** No ignores, carísima, que como el estado de la religión es sagrado y ordenado por el Altísimo, para que en él se conserve la doctrina de la perfección cristiana y perfecta imitación de la vida santísima de mi Hijo, por esto mismo está indignadísimo con las almas religiosas que duermen olvidadas de tan alto beneficio y viven tan descuidadas y más relajadamente que muchos hombres mundanos; y así les aguarda más severo juicio y castigo

que a ellos. También el demonio, como antigua y astuta serpiente, pone más diligencia y sagacidad en tentar y vencer a los religiosos y religiosas que con todo el resto de los mundanos respectivamente; y cuando derriba a un alma religiosa, hay mayores consejos y solicitud de todo el infierno, para que no se vuelva a levantar con los remedios que para esto tiene más prontos la religión, como son la obediencia y ejercicios santos y uso frecuente de los sacramentos. Para que todo esto se malogre y no le aproveche al religioso caído, usa el enemigo de tantas artes y ardides, que sería espantosa cosa el conocerlos. Pero mucho de esto se manifiesta considerando los movimientos y obras que hace un alma religiosa para defender sus relajaciones, excusándolas si puede con algún color y si no con inobediencias y mayores desórdenes y culpas.

**443.** Advierte, pues, hija mía, y teme tan formidable peligro; y con las fuerzas de la Divina gracia procura levantarte a ti sobre ti, sin consentir en tu voluntad afecto ni movimiento desordenado. Toda quiero que trabajes en morir a tus pasiones y espiritualizarte, para que, extinguido en ti todo lo que es terreno, pases al ser angélico por la vida y conversación. Para llenar el nombre de esposa de Cristo has de salir de los términos y esfera del ser humano y ascender a otro estado y ser divino; y aunque eres tierra, has de ser tierra bendita sin espinas de pasiones, cuyo fruto copioso sea todo para el Señor, que es su dueño. Y si tienes por esposo aquel supremo y poderoso Señor, que es Rey de los reyes y Señor de los señores, dedígnate de volver los ojos, y menos el corazón, a los esclavos viles, que son las criaturas humanas; pues aun los ángeles te aman y respetan por la dignidad de esposa del Altísimo. Y si entre los mortales se juzga por osadía temeraria y desmesurada que un hombre vil ponga los ojos en la esposa del príncipe ¿qué delito será ponerlos en la

esposa del Rey celestial y todopoderoso? Y no será menor culpa que ella lo admita y lo consienta. Asegúrate y pondera que es incomparable y terrible el castigo que para este pecado está prevenido, y no te le muestro a la vista porque con ella no desfallezca tu flaqueza. Y quiero que para ti sea bastante mi enseñanza para que ejecutes todo lo que te ordeno y me imites como discípula en cuanto alcanzaren tus fuerzas; y sé solícita en amonestar a tus monjas esta doctrina y hacer que la ejecuten.— Señora mía y Reina piadosísima, con júbilo de mi alma oigo vuestras dulcísimas palabras llenas de espíritu y de vida; y deseo escribirlas en lo íntimo de mi corazón con la gracia de vuestro Hijo Santísimo que os suplico me alcancéis. Y si me dais licencia, hablaré en vuestra presencia como discípula ignorante con mi Maestra y Señora. Deseo, Madre y amparo mío, que para cumplir los cuatro votos de mi profesión, como Vuestra Majestad me lo manda y yo debo, y aunque indigna y tibia lo deseo, me déis alguna doctrina más copiosa que me sirva de guía y magisterio en el cumplimiento de esta obligación y afecto que en mi ánimo habéis puesto.

### CAPITULO 3

*De la doctrina que me dio la Reina del cielo para los cuatro votos de mi profesión.*

**444.** Hija y amiga mía, no quiero negarte la enseñanza que con deseo de ejecutarla me pides; pero recíbela con aprecio y ánimo devoto y pronto para obrarla. El Sabio dice (Prov., 6, 1-2): *Hijo, si prometiste por tu amigo, tu mano clavaste acerca del extraño, con tu boca te ligaste, con tus palabras quedas atado.* Conforme a esta verdad, quien a Dios ha hecho votos ha clavado la mano de la propia voluntad, para no quedar libre ni tener elección de otras obras fuera de aquellas para que se obligó según la voluntad y elección de aquel a quien queda

obligado y atado con su misma boca y palabras de la profesión. Antes que hiciera los votos, en su mano estaba elegir el camino; pero habiéndose atado y obligado el alma religiosa, sepa que perdió totalmente su libertad y se la entregó a Dios en su Prelado. Toda la ruina o remedio de las almas consiste en el uso de su libertad; pero como los más usan mal de ella y se pierden, ordenó el Altísimo el estado fijo de las religiones mediante los votos, para que, usando de una vez la criatura de su libertad con perfecta y prudente elección, entregase a Su Majestad en aquel acto lo que con muchos perdiera, si quedara suelta y libre para querer y no querer.

**445.** Piérdese dichosamente con estos votos la libertad para lo malo y asegúrase para lo bueno, como con una rienda que desvía del peligro y adiestra por el camino llano y seguro; y pierde el alma la servidumbre y sujeción a sus propias pasiones y adquiere sobre ellas nuevo imperio, como señora y reina en el dominio de su república, y sólo queda subordinada a la gracia y movimientos del Espíritu Santo, que la gobernaría en sus operaciones si ella destinase toda su voluntad para sólo obrar aquello que prometió a Dios. Pasaría con esto la criatura del estado y ser de esclava a la excelente dignidad de hija del Altísimo y de la condición terrena a la angélica; y los defectos corruptibles y castigo del pecado no la tocarían de lleno. Y no es posible que en la vida mortal puedas alcanzar ni comprender cuáles y cuántos bienes y tesoros granjea el alma que se dispone con todas sus fuerzas y afectos a cumplir perfectamente con los votos de su profesión; porque te aseguro, carísima, que pueden las religiosas perfectas y puntuales llegar al mérito de los mártires, y aun excederles.

**446.** Hija mía, tú conseguiste el dichoso principio de tantos bienes el día que elegiste la mejor parte; pero advierte mucho que te obligaste a un Dios eterno y

**poderoso a quien lo más oculto del corazón es manifiesto. Y si el mentir a los hombres terrenos y faltarles en las promesas justas es cosa tan fea y aborrecida de la razón ¿cuánto pesará el ser infiel a Dios en las promesas justísimas y santísimas? Por tu criador, conservador y bienhechor le debes la gratitud, por padre la reverencia, por esposo la lealtad, por amigo la buena correspondencia, por fidelísimo le debes la fe y esperanza, por sumo y eterno bien el amor, por omnipotente el rendimiento y por justísimo juez el temor santo y humilde. Pues contra todos estos y otros muchos títulos cometerás traición y alevosía, si faltas y quebrantas lo que le tienes prometido en tu profesión. Y si en todas las religiosas, que viven con obligación de trato y vida espiritual, es tan formidable monstruo llamarse esposas de Cristo y ser miembros y esclavas del demonio, mucho más feo sería en ti, que has recibido más que todas, pues debes excederlas en el amor, en el trabajo y en el retorno de tan incomparables beneficios y favores.**

**447.** **Advierte, pues, alma, cuán aborrecible te haría esta culpa para con el Señor, para conmigo, con los Ángeles y Santos; porque todos somos testigos de su amor y fidelidad que contigo ha mostrado, como esposo rico, amoroso y fidelísimo. Trabaja, pues, con sumo desvelo para que no le ofendas en lo mucho ni en lo poco; y no le obligues a que desamparándote te entregue a las bestias de las pasiones del pecado; que no ignoras sería esto mayor desdicha y castigo que si te entregara al furor de los elementos y de todas las fieras y animales brutos y al de los mismos demonios, para que todas estas cosas ejecutaran en ti su ira y el mundo todas las penas y deshonoras que puede hacer; todo fuera menor daño para ti que cometer sola una culpa venial contra Dios, a quien debes servir y amar en todo y por todo. Cualquiera pena de esta vida es menos que la culpa, y éstas en la vida**

mortal se acabarán, y la culpa puede ser eterna, y con ella lo sería la pena y castigo.

**448.** En la vida presente atemoriza mucho a los mortales y les espanta cualquiera pena o tribulación, porque la tienen presente al sentido y les toca en él; pero no les altera ni atemoriza la culpa, porque, embarazados en lo visible, no pasan a lo inmediato de la culpa, que es **la pena eterna del infierno**. Y con estar embebida y unida con el mismo pecado, es tan grave y tardo el corazón humano, que se deja embriagar de la culpa y no toca en la pena porque no siente al infierno por el sentido; y cuando le podía ver y tocar con la fe, la deja ociosa y muerta, como si no la tuviera. ¡Oh infelicísima ceguedad de los mortales! ¡Oh torpeza y negligencia, que a tantas almas capaces de razón y de gloria tienes engañosamente oprimidas! No hay palabras ni razones suficientes para encarecer este formidable y tremendo peligro. Hija mía, huye y aléjate con el temor santo de tan infeliz estado y entrégate a todos los trabajos y tormentos de la vida, que luego pasa, primero que te acerques a él, pues nada te *faltar*á si a Dios no perdieres. Muy poderoso medio será para asegurarte, que no imagines hay culpa pequeña para ti ni para tu estado; lo poco has de temer mucho, porque el Altísimo conoce que en despreciar las pequeñas culpas abre el corazón la criatura para admitir otras mayores, y no es amor loable el que no cela cualquier disgusto de la persona que ama.

**449.** El orden que las almas religiosas deben guardar en obrar sus deseos ha de ser que, en primer lugar, sean solícitas y puntuales en cumplir la obligación de los votos y todas las virtudes que en sí contienen; y sobre esto, en segundo lugar, entran las obras voluntarias que llaman de supererogación. Este orden suelen pervertir algunas almas engañadas del demonio con indiscreto celo de la

perfección, que faltando en culpas graves a las cosas obligatorias de su estado, quieren añadir otras acciones y ocupaciones voluntarias, que de ordinario son pàrvulas o inútiles y originadas de espíritu de presunción y singularidad, deseando ser miradas y señaladas entre todas por muy celosas y perfectas, y estando muy lejos de comenzar a serlo. No quiero yo en ti esta mengua tan reprehensible; mas antes quiero que en primer lugar cumplas con la observancia de tus votos y vida común y después añadas lo que pudieres con la divina gracia y según tus fuerzas; que todo junto hermosea el alma y la hace perfecta y agradable a los ojos divinos.

**450.** El voto de la obediencia es el mayor de la religión, porque contiene una renunciación y negación total de la propia voluntad, de suerte que a la religiosa no le queda jurisdicción ni derecho alguno sobre sí misma para decir quiero o no quiero, haré o no haré; todo esto lo puso y renunció por la obediencia, dejándolo en manos de su Prelado; y para cumplirlo es necesario que no seas sabia contigo misma, ni te imagines señora de tu gusto, ni de tu querer ni entender, porque la obediencia verdadera ha de ser de linaje de fe; que lo que manda el superior se ha de estimar, reverenciar y creer, sin pretender examinarlo ni comprenderlo; y conforme a esto, para obedecer te debes juzgar sin razón, ni vida, ni discurso; antes como un cuerpo muerto te deja mover y gobernar, estando viva sólo para ejecutar con presteza todo lo que fuere voluntad del superior. Nunca discurras contigo lo que has de obrar y sólo piensa cómo ejecutarás lo que te mandaren. Sacrifica tu querer propio y degüella todos tus apetitos y pasiones; y después que con esta eficaz determinación quedes muerta a tus movimientos, sea la obediencia alma y vida de tus obras. En la voluntad de tu superior ha de estar reputada la tuya con todos tus movimientos, palabras y obras, y en todo pide que te quiten el ser propio y te den

otro nuevo, que nada sea tuyo y todo sea de la obediencia sin contradicción ni resistencia alguna.

**451.** El modo de obedecer más perfecto, advierte, es que no ha de reconocer el superior disonancia que le disguste, antes se le debe obediencia con satisfacción y que le conste se cumple con prontitud lo que manda, sin replicar ni remurmurar con palabras ni otros desiguales movimientos. El superior hace las veces de Dios, y quien obedece a los Prelados obedece al mismo Señor que está en ellos, y los gobierna y los ilustra en lo que mandan a los subditos para el bien de sus almas y salud; y el desprecio que se hace del Prelado pasa a Dios (Lc., 10, 16), que por ellos y en ellos está ordenandote y mandándote su voluntad; y has de entender que el mismo Señor les mueve su lengua, o que es lengua del mismo Dios omnipotente. Hija mía, trabaja por ser obediente para que cantes victorias (Prov., 21, 28); y no temas en obedecer, porque este es el camino seguro; y lo es tanto, que los yerros de los obedientes no los pone Dios en memoria para el día de la cuenta, antes borra los demás pecados por solo el sacrificio de la obediencia. Y mi Hijo Santísimo ofreció al Eterno Padre su preciosísima pasión y muerte con particular afecto por los obedientes, y que por esta virtud fuesen mejorados en el perdón y en la gracia, en el acierto y perfección de todo lo que obrasen por obedecer; y ahora muchas veces representa al Padre, para aplacarle con los hombres, que murió por ellos obedeciendo hasta la cruz (Flp., 2, 8), y por esto se aplaca el mismo Señor. Y por lo que se agradó de la obediencia de Abrahán y su hijo Isaac, se dio por obligado (Gén., 22, 16) no sólo para que no muriese el hijo que tan obediente se mostraba, mas para que fuese padre del Unigénito Humanado y señalado entre los demás para cabeza y fundamento de tantas bendiciones.

**452.** El voto de la pobreza es un generoso ahorro y



desembarazo de la pesada carga de las cosas temporales; es un desahogo del espíritu, alivio de la humana flaqueza y libertad de la nobleza del corazón capaz de bienes eternos y espirituales; es una satisfacción y hartura en que sosiega el apetito sediento de tesoros terrenos y un dominio o posesión y uso nobilísimo de todas las riquezas. Todo esto, hija mía, y otros mayores bienes contiene la pobreza voluntaria, y todo lo ignoran porque de todo carecen los hijos del siglo, amadores de las riquezas y enemigos de la rica y santa pobreza. No advierten, aunque la padecen y sufren, cuan pesada es la gravedad de las riquezas que los abrumba hasta el suelo y aun hasta las entrañas de la tierra, a buscar el oro y la plata con cuidados, desvelos, trabajos y sudores, no de hombres de razón, sino de brutos irracionales que ignoran lo que hacen y lo que padecen. Y si antes de adquirir las riquezas son tan pesadas ¿cuánto lo serán después de conseguidas? Díganlo cuantos con esta carga han caído hasta los infiernos; díganlo los desmedidos afanes en conservarlas, y mucho más las intolerables leyes que han introducido en el mundo las riquezas y los ricos que las poseen.

**453.** Si todo esto ahoga el espíritu y oprime tiránicamente su flaqueza y envilece la nobilísima capacidad que tiene el alma de bienes eternos y del mismo Dios, cierto es que la pobreza voluntaria restituye a la criatura a su generosa condición y la alivia de vilísima servidumbre y la pone en la libertad ingenua en que fue criada para señora de todas las cosas. Nunca es más señora que cuando las desprecia, y entonces tiene la mayor posesión y el uso más excelente de las riquezas cuando las distribuye o las deja de voluntad y sacia el apetito cuando tiene gusto de no tenerlas; y sobre todo dejando desocupado el corazón le tiene capaz de que deposite Dios en él los tesoros de su

**Divinidad, para los cuales le crió con capacidad casi infinita.**

**454.** Hija mía, yo deseo que tú estudies mucho esta filosofía y ciencia divina, que tan olvidada tiene el mundo, y no sólo el mundo, pero muchas almas religiosas que la prometieron a Dios, cuya indignación es grande por esta culpa; y de contado reciben un pesado castigo en que no advierten los transgresores de este voto, pues con haber desterrado la pobreza voluntaria han alejado de sí el espíritu de Cristo, mi Hijo Santísimo, y el que venimos a enseñar a los hombres en desnudez y pobreza. Y aunque ahora no lo sienten, porque disimula el justo Juez y ellos gozan de la abundancia que desean, pero en la cuenta que les aguarda se hallarán confusos y desimaginados del rigor que no pensaban, ponderaban ni pesaban en la Divina justicia.

**455.** Los bienes temporales criólos el Altísimo para que sirviesen a los hombres sólo de sustentar la vida y conseguido este fin cesa la causa de la necesidad; y siendo ésta limitada y que en breve se acaba y con poco se satisface y restando el alma que es eterna, no es razón que el cuidado de ella sea temporal y como de paso y el deseo y afán de adquirir las riquezas venga a ser perpetuo y eterno en los hombres. Suma perversidad es haber trocado los fines y los medios en cosa tan distante y tan importante, que le dé el hombre ignorante a su breve y mal segura vida del cuerpo todo el tiempo, todo el cuidado, todo el trabajo de sus fuerzas y desvelo de su entendimiento; y a la pobre alma en muchos años de vida no quiera darle más de una hora, y aquélla muchas veces la última y la peor de la vida.

**456.** Aprovechate, pues, hija mía carísima, de la verdadera luz y desengaño que de tan peligroso error te

ha dado el Altísimo. Renuncia toda afición y amor a cosa alguna terrena y, aunque sea con pretexto y color de que tienes necesidad y que tu convento es pobre, no seas solícita desordenadamente en procurar las cosas necesarias para el sustento de la vida; y cuando pusieres el cuidado moderado que debes, sea de manera que ni te turbes cuando te falte lo que desees, ni lo desees con afición, aunque te parezca es para el servicio de Dios; pues tanto menos le amas cuanto con él quieres amar otras cosas. Lo mucho debes renunciarlo por superfluo y no lo has menester y es delito tenerlo vanamente; lo poco también se debe estimar poco, porque será mayor error embarazar el corazón con lo que nada vale y estorba mucho. Si todo lo que a tu juicio humano pide tu necesidad lo consigues, no eres de verdad pobre, porque la pobreza en rigor y propiedad es tener menos de lo que es menester y sólo se llama rico al que nada le falta; porque el tener más antes desasosiega y es aflicción de espíritu, y desearlo y guardarlo sin usar de ello viene a ser una pobreza sin quietud ni sosiego.

**457.** De ti quiero esta libertad de espíritu que a cosa alguna te aficiones, sea grande o pequeña, superflua o necesaria; y lo que para la vida humana hubieres menester, debes admitir sólo aquello que es preciso para no morir ni quedar indecentemente; pero sea lo más pobre y remendado para tu abrigo y en la comida lo más grosero, sin antojo de gusto particular, sin pedir más de aquello en que tienes mucha desazón y menos gusto, para que antes te den lo que no desees y te falte lo que pide el apetito y hagas en todo lo más perfecto.

**458.** El voto de castidad contiene la pureza de alma y cuerpo; es fácil el perderla, difícil y aun imposible repararla, según como se pierde. Este gran tesoro está depositado en castillo de muchas puertas y ventanas, que si no están bien guarnecidas y defendidas no tiene

**seguridad. Hija mía, para guardar con perfección este voto, es preciso que hagas pacto inviolable con tus sentidos de no moverse para lo que no fuere ordenado por la razón y a la gloria del Criador. Muertos los sentidos, fácil es el vencimiento de los enemigos, que sólo con ellos te pueden vencer a ti misma, porque los pensamientos no reviven ni se despiertan si no les entran especies e imágenes por los sentidos exteriores que los fomenten. No has de tocar, ni mirar, ni hablar a persona humana de cualquiera condición que sea, hombre ni mujer, ni a tu imaginación entren sus especies o imágenes. En este cuidado, que te encargó mucho, consiste la guarda de esta pureza que de ti quiero; y si por la caridad o por obediencia hablares, que sólo por estas dos causas debes tratar con criaturas, sea con toda severidad, modestia y recato.**

**459.** Para con tu persona vive como peregrina y ajena del mundo, pobre, mortificada, trabajada y amando la aspereza de todo lo temporal sin apetecer descanso ni regalo, como quien está ausente de su casa y patria propia, conducida para trabajar y pelear con fuertes enemigos. Y porque el más pesado y peligroso es la carne, te conviene resistir a tus naturales pasiones sin descuido y en ellas a las tentaciones del demonio. Levántate a ti sobre ti y busca una habitación muy levantada sobre todo lo terreno para que vivas debajo de la sombra del que deseas (Cant., 2, 3) y en su protección goces de tranquilidad y verdadero sosiego. Entrégate de todo tu corazón y fuerzas a su casto y santo amor, sin que imagines hay para ti criaturas más de en cuanto te ayudan y obligan a que ames y sirvas a tu Señor, y para todo lo demás han de ser para ti aborrecibles.

**460.** A la que se llama esposa de Cristo, y lo tiene por oficio, aunque ninguna virtud le ha de faltar, pero la

castidad es la que más la proporciona y asimila a su esposo, porque la espiritualiza y aleja de la corrupción terrena y la levanta al ser angélico y aun a cierta participación del mismo ser de Dios. Es virtud que hermosea y adorna a todas las demás y levanta el cuerpo a superior estado, ilustra al entendimiento y conserva a las almas en su nobleza superior a todo lo corruptible. Y porque esta virtud fue especial fruto de la redención, merecida por mi Hijo Santísimo en la Cruz donde quitó los pecados del mundo, por eso singularmente se dice que las vírgenes acompañan y siguen al Cordero (Ap., 14, 4).

**461.** El voto de la clausura es el muro de la castidad y de todas las virtudes, el engaste donde se conservan y resplandecen y es un privilegio del Cielo para eximir a las religiosas, esposas de Cristo, de los pesados y peligrosos tributos que paga la libertad del mundo al príncipe de sus vanidades. Con este voto viven las religiosas en seguro puerto, cuando las otras almas en la tormenta de los peligros se marean y zozobran a cada paso. Con tan grandes intereses no es lugar angosto el de la clausura, donde a la religiosa se le ofrecen los espaciosos campos de las virtudes y del conocimiento de Dios y de sus infinitas perfecciones y misterios y admirables obras que hizo y hace por los hombres. En estos dilatados campos y espacios se puede y se debe esparcir y recrear, y de no hacerlo viene a parecer estrecha cárcel la mayor libertad. Para ti, hija mía, no hay otro ensanche, ni yo quiero que te estreches tanto como lo es todo el mundo. Sube a lo alto del conocimiento y amor Divino, donde sin términos ni límites que te angosten, vivas en libertad espaciosa y desde allí conocerás cuán estrecho, vil y despreciable es todo lo criado para ensancharse tu alma en ello.

**462.** A esta clausura forzosa del cuerpo añade tú la de

**tus sentidos, para que, guarnecidos de fortaleza, conserven tu pureza interior y en ella el fuego del santuario (Lev., 6, 12) que siempre debes fomentar y guardar que no se apague. Y para la guarda de los sentidos y lograr la clausura, nunca llegues a la puerta, ni a red, ni ventana, ni te acuerdes de que las tiene él convento, si no fuere para cumplir con lo preciso de tu oficio y por la obediencia. Nada apetezcas, pues no lo has de conseguir, ni trabajes por lo que no debes apetecer; en tu retiro, recato y cautela estará tu bien y paz y el darme gusto y merecer el copioso fruto y premio de amor y gracia que deseas.**

**>>sigue parte 4>>**